

+

Origen de la Obra de Jesús Nazareno de Nerva

"Dios mío, Tú conoces mi ignorancia,
no se te ocultan mis delitos.
Que por mi cause no queden defraudados
los que esperan en Ti, Señores de los Ejércitos".

+

Compiere a escribir el día
19 de abril de 1982, lunes de la
3ª semana de Cuaresma de Resurrección

Nadie me ha mandado escribir esto. Ni
ninguna me lo ha pedido nadie.

Pero yo lo he creído necesario por dos razones:
la primera, porque siento que voy a morir
pronto - según fuentes son mis males - y en este
caso - y sea la segunda razón - temo que
mis queridísimas Hermanas no recuerden todos los
detalles de su origen, de su razón de ser
como Comunidad. Las unas, porque no lo
recuerden bien. Otras, porque tal vez no lo
sepan. Yo nunca hablo de esto.

Si Dios Nuestro Señor, en Su Infinita
Misericordia, quiere que la Obra continúe
a través de los tiempos, creo que sus hijas deben
conocer de primera mano, el sencillo nacimiento
de ella.

Si el Señor, por secretas designios,

quiero que termine así, también deben saber que no se consagran al Señor siguiendo un capricho o una falsa ilusión.

Es decir, que en uno y otro caso me ha parecido necesario que comiencen su oración, sus oraciones y sencillas raíces.

Por supuesto que cuando termine de escribirlo - si el Señor es servido que lo termine - lo presentaré humildemente, al Illmo. y Revmo. Sr. D. Juan Ordóñez Ináñez, para mi veneradísimo y amadísimo Padre, en cuya sabiduría y santidad, tengo plena confianza.

Si el caso oportuno que lo incorpore a las demás cosas que tenemos de la Obra, encantada. Si, por el contrario, cree impertinente o no necesario su existencia, sin fuerza ninguna y con toda naturalidad, lo hará mil pedazos. Solo quiero con toda mi alma, que en mí se cumpla la Divina Voluntad de Dios.

Como siempre que escribo algo referente a la Obra, pido al Señor que me dé luz para expresarme con claridad y sencillas palabras. Solo escribo solo lo que Él quiere y lo que no quiero, que se me obedezca o me haga comprender que no lo debo escribir. Es más, yo quisiera sentir

sobre mi pobre mano el calor de la Suja
Onnipotente y Misericordiosa, que quise mi
pluma para escribir solamente lo que el
quiere que escriba y como el quiere que
lo escriba.

Mucho atrevimiento, lo sé, pero el
Señor me conoce y no se enfada conmigo.

Buscando cobijarme bajo el manto de la
Santísima Virgen, voy a comenzar esta his-
toria en el nombre del Padre y del
Hijo y del Espíritu Santo.

El curso de 1938-39 estudiaba yo en
Buclos el 6º de Bachiller.

Como era piadosito, iba todos los días a
Misa de 7.30 de la mañana, a la
Iglesia de San Pedro. De allí creo que
salí pasadas las 8.30 porque después de oír
la Santa Misa, camulando en ella, hacía
un ratito de oración.

Había en aquella Iglesia una imagen
de Jesús Nazareno que me gustó muchísimo
desde el primer día que la vi. Ahora
he sabido que pertenece a una cofradía
y que se llama Jesús de la Pasión. Claro

que para mí sigue siendo Jesús Vasareno.
Siempre sentí mucha devoción y ternura
de Jesús con la Cruz o Cruzetas.

Este bendito imágan, por estar su ba-
quilla en obras - que yo tampoco lo sabía - esta-
ba fuera de su lugar. - Y a mí me vino
muy bien. Porque estaba más de una repa-
cobrado muy bajito, me quedaba a poco más
de mi altura y yo disputaba mucho de verme
tan cerquita de Él y tan cerquita su
Divino Rostro, casi donde el mío.

Todos los días, antes de irme, dedicaba un
rato a estar delante de Él. Se contaba
detenidamente todas mis cosas, todo lo que ha-
bía hecho el día anterior. Mas bien diré que
comentaba con Él - fuese que Él lo sabía
de soba - todas mis cosas en un monólogo
que a mí me sabía a diálogo y que
resultaba ser un magnífico examen de con-
ciencia. Terminado de contar lo del día an-
terior, planeaba lo que había de hacer el
día que comenzaba. Es que siempre me
ha quedado organizada desde por la mañana
y yo, me iba tan contenta.

Entonces - claro en plena juventud - no tenía
problemas de ninguna clase, todo sonreía a
mi alrededor. Pero yo tenía una obsesión
que me dominaba por completo: la salva-
ción de mi alma. Lo quería ir al
fondo cuando muriera. Y pensaba - porque
pensaba mucho - que en medio de aquel
mundo - preso a sus licencias y sonrisas - dadas
mis condiciones, se me iba a hacer muy
difícil mi salvación. Se me presentaba
como el mejor camino para conseguirla el
estado religioso, pero yo no tenía ni remota-
mente vocación.

Esto me tenía perplejo, hasta que
un día vi un rayo de luz: ¿Por qué
no podría yo ser religiosa sin sentir la
vocación, simplemente por convencimiento,
si yo estaba dispuesto a renunciar a todo
y a servir al Señor, siendo fiel en todo lo
convenciente al estado que abrazaba? A
esta idea le daba yo vueltas constantemente
- yo se lo había dicho al Nazareno mil veces y
pedíle que me ayudara - cuando un día
veniendo del Instituto con varias amigas, me sé como

Uegí a mis manos - no recordo quien me la dió -
una hojita de almanaque con una rúbrica
que decía que Santa Teresa de Jesús se
fue al convento sin sentir vocación, focián-
dose a sí misma. ¡he dió un golpe
al corazón! Fue al llegar a casa, veo
que fue el mismo día, me encontré, tam-
poco recuerdo cómo, un libro muy viejo y muy
amarillo de Santa Teresa, y en la primera
página, le faltaban muchas antes, lei lo mis-
mo, pero ya más explicado.

Lo que era muy decidida y que lo estaba
descando, no lo pense más: Si Santa Teresa
lo había hecho, ¿por qué no lo iba a hacer
yo? El Señor a ella le hizo santo, y
a mí me llevaba al cielo que era mi
única ilusión. Bueno, mas que nada
por el miedo que tenía al Infierno. ¡Ese
Señor! Es decir, que yo creo que actuaba
mas por temor que por amor.

Lo estaba decidido, yo sería monja, con-
tando con la ayuda de Dios.

Pero otro problema: ¿monja ¿dónde?

Lo había por entonces, allí en Madrid,

a las Hermanas de la Cruz y a las Adonaticas.
A estas, más porque me gustaban que las a-
yudase en las clases de adultas y como me fue
la tarde, iba todos los días.

Los dos Institutos me gustaban. Las Hermanas
de la Cruz, por la sencillez y por los enfer-
mos. Las Adonaticas, por la constante adoración
al Santísimo Sacramento y por las chicas, porque
ya aquí siempre me había preocupado mucho
por las jóvenes que habían perdido o estaban en
peligro de perder su fe. Eran mis
dos objetivos: los enfermos que aquí morían
basta sin Sacramentos, excepto en las pocas fe-
milias piadosas que había. Y esas jóvenes des-
graciadas, que me inspiraban una compa-
sión tremenda.

Como no era una vocación sentida, lo miraba
todo desde la acera de enfrente, y me sabía
por cual de los dos decidirme.

Naturalmente, se lo había dicho mil veces a
mi Jesús Nazareno, que era como mi amigo, y
le decía que él me lo tenía que solucionar
porque yo no podía ni saber. Y así empezó
mi cantilena ante él todos los días: "¿De la

Cura? ¿Admirar? Tú, Jesús mío me lo tienes
que decir, porque yo, ya estás viendo que
no sé. Donde te sirva mejor y a mi mi-
sera mas fácil salgaime". Chifla mas o me-
nos, esta era mi cantinela.

Truco que frase mas así, pero tranquila,
con paz y mi natural optimismo y alegría.

En la primavera de 1939, no recuerdo el
día - ¡qué pena! - pero debió ser en la
primavera, porque muy pronto de lo que voy
a contar ahora, yo me vine a mi casa
con las vacaciones de Semana Santa.

Una mañana, como todas después de oír
la Santa Misa, yo estaba delante del
Nasuceno. Insistentemente, incesantemente, se
preguntaba: ¿De la Cura? ¿Admirar? ¿
Donde, Jesús mío? Donde te serviré mejor?
Tranquila, con absoluta paz. Y de cuanto hoy
Jesús mío que yo pueda explicar esto bien! -
no sé si con los oídos del cuerpo, creo que no;
parecía como si el alma o la mente tuvieran
unos oídos para ellos solos, oí claramente, distin-
tamente, estas palabras: "Has de fundar".
Sentas, profundas, categóricas, dulces...

lo que sentí no lo podía definir, es que no sé.
Al cabo de unos momentos, creo que fueron momen-
tos, la impresión que en mí dominaba era
de confusión, de gozo, y de dolor intenso de
mis pecados, de haber ofendido tanto a mi Señor.
Mas, de súbito, una oleada de perplejidad me
invadió; al considerar la desproporción entre
la gracia recibida y el sujeto que la recibía.
¿Enajenada, sequeñada, pienso: ¿esto, qué
es, Dios mío? Guillaume Tu a mí no puedes
ser, pues no lo merezco por mis muchos pecados. Que
he oído esas palabras, es absolutamente cierto, como
gratadas a fuego las tenía y tengo en mi alma
en mi mente y corazón. Que lo he oído es
cierto, está fuera de toda duda. Si el Señor
no puede ser ... ¿qui es entonces? ¿sufrí
uno de los mayores dolores de mi vida. No me
quedaba otra alternativa: hacer el demonio,
no podía pensar otra cosa.

Afortunadamente, pedí perdón al Señor - pero
que llorando - le prometí desechas aquello como
una tentación y procuras no pensar mas en
ello. Con estas disposiciones salí de la Iglesia.
Pero no pude cumplir mi propósito, pues aunque

yo procuraba luchar contra aquello que me parecía una tentación, no podía del todo, porque en mi interior parecía como si me dijeran que no lo hiciera, que no había sido el Demonio. Y esto, sin yo quererlo, irradió de una dulce sensación mi alma. Existía un poco enajenado, no fuera de mí, no, yo estaba normal, nada extraordinario ¡fuera de mí! Diría como absorto, embobado en el efecto que "aquellas palabras" me habían producido, y sentía pena de no sentir toda la pena que yo quería ante lo que a mí me había parecido un fuerte asalto del demonio.

Era una cosa dulcemente extraña. De día, de noche, despierto, dormido, en medio de mis estudios, en casa, en la calle, en todo momento y sin yo procurarlo en absoluto martilleaban mi imaginación ideas vagas: fundar ... fundación ... simples como estas que a mí me hacían tanta impresión, aunque las desechaba.

Hay que tener en cuenta que yo era píndico, pero no tenía una buena formación religiosa - ni la tengo ahora, vamos - y el

Señor infinitamente misericordioso, se amoldaba a mi manera de ser, a mi manera y pequeña frase que lo entendiera. ¡Y vea si lo entendía! Eso me impresionaba en no entenderlo con mi poca posición de novato.

Allegaron las vacaciones de Semana Santa y me vine a mi casa. al día siguiente de llegar, vi en Trujillo a una joven, ya mayor, que me gustó por su modestia y reconocimiento. Me dijo mi hermana Tilde que era una hermana de la Cruz que había salido por enfermedad, pero que volvería al convento cuando mejorara. No tenía hábito, pero tampoco vestía normal.

Lo fue entonces, Secretaria de la Juventud de Acción Católica de aquí de ahora, y como nos habíamos quedado sin Delegada de Aspirantes, le dije a la Presidenta y demás miembros de la Directiva, que si quisiera este Hermana de la Cruz, sería muy a propósito para las reuniones semanales de las niñas, aunque no fueran propiamente Círculos de Estudio como se hacía entonces. A todas les pareció bien, y una mañana después de Trujillo, en la misma Iglesia, me acerqué, sin más, a ella y se lo propuse. Me echó

no' que parecío muy turbado, no me miraba, y lo buscaba la mirada y ella la rehuía; después me contestaba, pero como iba decidido a decirlo, se lo dije todo y uní que me contestara. Recusó con alegría de todas, y cumplió siempre bien.

Cuando, terminadas las vacaciones, volví a Huelva, empecé la campaña del triunfante Pascual de los enfermos, y yo me incorporé a un grupo de jóvenes de la Parroquia de San Pedro, que estaban muy vinculados a las Hermanas de la Cruz, y ayudé cuanto pude, por los lados mas bajos y pobres. Disfuté mucho con esto, pero sobre todo - y por eso lo escribo - reactivó en mí el dolor que sentía desde mucho tiempo atrás, de visitar enfermos aquí. A mí me obsesionaba, con una pena enorme, que la gente muriera sin recibir los sacramentos. Como me daba tanto miedo del Infierno, pues me daba mucha pena que algunas perdieran con él. Lo hubiera querido, lo deseaba de verdad, que todas las almas se salvaran, que todos nos reuniáramos en el Cielo.

Durante la campaña de enfermos, se me ocurrió pensar que si las Hermanas de la Cruz

- Lucía - quise, pedíamos a las dos o a otras enfermeras. De su lado, yo aguardaba, pues ella con nueve años en las Hermanas de la Cruz, tenía experiencia.

En cuanto vine con las vacaciones, algo que al otro día, se lo pregunté. Nunca se me olvidará la alegría que le dió. Ella, por lo visto, estaba pasando lo mismo, pero no tenía ni medios ni modo que la acompañara. Pudemos, pues, en que confiamos nos enteraríamos de algún enfermo, iríamos, si el Señor me dispusiera otra cosa.

Fue antes de seguir, quiero decir una coñita que me impresionó. Cuando vine de Sudor, llena de ilusiones en cuanto a los enfermos que visitáramos - yo dije por cierto que Lucía aceptaría al llegar a mi casa me encontré con ella allí. Había ido a recoger la llave de las Aspirantes que mi hermano se había llevado distraído. Nunca había ido a mi casa. Como el Señor a mí siempre me ha movido por pequeñas cosas, me pareció ya en eso que le quitaba el plan que yo tenía. Por qué si no, llegar del fin y encontrarla en mi casa? Fue que en la segunda vez que la vió:

cuando le hablé en la Iglesia frase lo de los
Aspirantes, y entonces, a mi me impresionó
le di gracias al Señor.

Como antes dije, quedamos pendientes de en-
terarnos de algún enfermo. Inmediatamente su-
cedió: ¡Faltó Santos! Era una pobre mujer,
llamada Rosalía, enferma de cáncer, que ocu-
paba en una de las últimas calles del barrio
"El Final". Fuimos enseguida a verlo - se nos
unieron mi hermano Tilde y otro amigo más,
Dolís López - y yo confieso que quedé atrapado
para toda mi vida por el dolor de mis
hermanos. ¡Cómo sufrió aquella mujer, ¡cómo
sufrió! ¡Qué dolores! ¡Qué lamentos! Lo pe-
dí al Señor que me mandara frasco de
sus dolores, porque se me desgastaba el alma
de verlo sufrir. Y cuánto agüendí con dulce
le llevábamos todos los socorros que nos era posible
- yo pedía a mis amistades - porque en aquellos
tiempos había mucha necesidad en este pueblo.
Y no solo porque fui mi hermano, "El Co Fe fue
la baidad", sino que me daban mucha pena
los cuerpas dolidos por la enfermedad y el hambre.

viendo en todos ellos la imagen bendita de mi
Santo Páscaro con el perro de la Cruz. Y me sentí
inundada de inmensa e intépida compasión.

Al tener tan de cerca a aquella mujer, mi
querida Rosalía, sufría con ella, lloraba con ella,
y a veces, comprendiendo el valor seductor del do-
lor... oír que la suspiraba sinceramente.

Buen. Pues un día - la visitábamos todas las
tardes, visitas largas, tranquilas - no teníamos nada
de alimento que llevarle y era muy grande su
necesidad. Nos quedamos, al volver las manos va-
cías, sin saber qué hacer: si ir o no ir. Pero
al fin, nos decidimos a ir, aún suponiendo que
le iba a desilusionarse encontrándose sin el diario
refrancito. Veníamos le podíamos llevar poco: leche
condensada, huevos, cada cosa lo que teníamos. Ella
tomaba casi todo líquido.

Un buen hecho antes de su caso, había que
coger una veredita muy estrocha. A la izquierda
había casas y a la derecha, un
terraplencillo con algunos conales al fondo. Como no
cabíamos las tres, pasaron delante Lucía y mi hermana
y yo me quedé sola detrás. Y de repente, oí
delante de mis pies en plena vereda, una

huevo. Me quedé extañado porque ellas iban inmediatamente delante y no lo vieron. Tanto que le di un floquito con el fue a ver si estaba vacío. Pero ¡que va! era un huevo entero, humosísimo y limpio. Lo dije a las dos y la impresión de ellas fue tremenda. Ambas dijeron ser cosa milagrosa. Lo me callé y sentí en todas las fibras de mi ser, que eso era la manera sencilla y simple de que el Señor se valía para decirme que de qué estaba lo que estábamos haciendo. Y, claro, como la fuemotora había sido yo, pues yo encendí el huevo. Así de sencillo lo vi y lo veo ahora también. El, mi Jesús Pache amorosísimo, iba quitando mi ignorancia de manera sencilla e ingenua.

En aquellos tiempos, yo era muy pecador, si - si yo tuviera que decir mis pecados, ¡qué vergüenza! - pero era sencilla e ingenua. Lo veo ahora a través del tiempo, cuando ya no lo soy. Y tenía una seguridad del Poder de Dios y de Su Misericordia, que aceptaba todas las cosas con sencillez, sueto que Él lo podía todo. Llegamos a la pobre mujer y lo primero que nos dijo fue que no se había podido tomar ni un

muerecito batido. Todos nos emocionamos y Lucie le dio el beso que nos habíamos encontrado.

Ya sentí fuertemente fortalecida en mi determinación de socorrer a enfermos y necesitados.

Alrededor de tres meses estuvimos visitando a esta mujer y viéndole decaer lentamente. Trabajé fuertemente por Lucie, muchas solo ayuda de mi, recibí todos los sacramentos. Fui consoladora y consolador cuando le llevaban el Señor. Salí solemnemente y con gran acompañamiento. Muchas orábamos con la enferma esperando su llegada. ¡Qué emoción! Son cosas imborrables. Los años no quitan casi sobre ellas para que no se olviden. Fue la primera vez que Lucie sacramentalmente se había solemnemente por las calles de Nueva York dirigirse a un baño y yo sabré intensamente, silenciosamente, este regalo que el Señor nos hacía. Recuerdo que le fuéramos un ramo de flores para que descansara cuando llegó.

Lo le había pedido al Señor que me avisara cuando se fuera a morir. Deseaba, porque quería estar con ella el último instante de su vida, y confiaba en que me avisaría. No me sentí satisfecho, me pareció que Lucie lo fuéramos bien.

al llegar el supremo instante de presentarse ante
Dios. Y como Nuestro Señor jamás defrauda a los que
plenamente confían en él, una mañana en la
Sagrada Comunión, me avisó. Al salir de la Iglesia
sin decir nada del aviso, fuí a decirlo a mi
humana y a ir a ver la mañana en
casa de por la tarde. Ellas, aunque lo contaron,
accedieron y así quedamos en la confusión termi-
naremos de desayunar. Pero mi madre, como era
sábado y había más que hacer en casa, no quiso
que nos fuéramos las dos, y me quedé yo. Tuve ma-
dres temerosas, no podíamos irnos las dos. Me dio
mucho pena, más después de todo, la que intente-
se que estorvase se dio para ayudarlo a
bien morir, y ella estuvo. Y me dijeron que murió
muy dulcemente. Yo ofrecí al Señor el sacrificio
que me costó, que fue grande, para que Dios
dara una buena y santa muerte.

He escrito de un tío y a grandes rasgos, todo
lo referente a mi prima enferma, Rosalía.
Pero no he consignado un hecho muy importante para
mí, que cambió el rumbo de toda mi
vida, y que ocurrió precisamente en este periodo
de tiempo.

Una tarde volábamos Lucía, mi hermana y yo,
de casa de nuestra enferma y veníamos hablando,
creo que de la vida religiosa. Nuestras pláticas
eran siempre espirituales, porque Lucía era muy
piadosa y yo estaba ansiosa de que me hablara
de Dios. Mi hermana, creo que también.

Yo no recuerdo que venía diciendo Lucía, por su-
puesto se refiere a la falta de fe del pueblo
- ella hablaba siempre con un poco de misterio y
muy sentencioso - que yo en un momento, creo que
como respuesta a lo que ella venía diciendo en a-
quel momento, que en concreto no sé lo que era,
dije: "Como que aquí hay que fundar algo". No
medí el alcance de mis palabras, mas bien quise
decir que había que hacer algo para cristianizar el
pueblo, o sea intención no llevaba. Pero todo fue decir-
lo y Lucía se me quedó mirando muy fija, muy fija,
y al cabo de unas segundos sin dejarme de mirar, di-
jo: "Sí, hay que fundar y lo fundadora es V.". Yo
me quedé sorprendidísima y le contesté: "Lo, no. En
todo caso sería V. Ahora, si funda V. algo, cuente
conmigo. Yo estoy saliendo de donde vine, fuera me
quedo con V. y le ayudo a hacer algo por nuestro
pueblo." Chiñe más o menos, estas fueron las palabras.

El sentido de ellas por lo menos, este fue.

Pero muy grave, muy solenne, siguió diciendo que tenía que ser yo, que estaba segura. Y que, pues había llegado el momento oportuno, iba a decirnos en qué se basaba para decirlo. Y nos contó: Cuando ella estaba en las Hermanas de la Cruz y teniendo allí todo su lleno, un día vio como un salón grande con muchas camas y a una joven en él, que estaba arreglando todo.

Aquello pasó y no lo volvió a pensar más. Pero el día que yo me acerqué, en las vacaciones de Semana Santa, a decirle lo de las Aspirantes, dice que reconoció en mí a la joven que estaba arreglando aquel dormitorio o salón grande. Por eso se sintió tanto al verme. Yo, entonces, me quedé helada. Acudió a mi mente con una luz nueva, todo lo de "Luz" - "aquellas palabras"... aquel inexplicable gozo que yo no quería sentir... aquel gozo de desecharlo todo como una tentación... Fue una sacudida enorme, y vencida de la emoción del momento, se lo conté todo a las dos. Lucie, me preguntó por qué desechar, asegurándome que era cosa de Dios.

Yo, mi contento mi disgustada, seguí dándole pareciendo extraño, comprendí, sin

embargo, que lo mas seguro es - hacia lo pensaba igual -
consultar con un buen sacerdote - a su paciencia,
santo y sabio - y lo que nos dijera hacerlo con todo res-
peto de juicio. Era la única forma de no
equivocarnos. De este efecto, fui a Sevilla lo mas
suavemente que pude. No recuerdo la fecha. Veces de
entonces, lo ninguno me acuerdo. Por lo visto, no
le dabo importancia a nada, me parecia
todo natural, menos el que el Señor me hubiera
elegido a mi; eso no acababa de entenderme, como
veía mis muchos pecados. En la Capilla de San
Jose, habia un Padre Capuchino Padre Vinicio
de Oja - que tenia mucha fama de bueno,
de confesor de unas amigas mias, y a el fui.
Después de confesarme y en el Confesionario todavia,
antes de darme la absolucion, se lo conté todo
sin poner ni quitar lo mas minimo. Me escuchó
con mucha paciencia y caridad y, como lo que yo
espanta, me dijo que le parecia su todo del
Señor, y que yo no luchara más tomando como ten-
sación, lo que era una gracia del Señor.
Que, por otro lado, no me sorprendiera tanto,
viendo mi miseria, porque el Señor suele ve-

lense de instrumentos débiles para confundir a los
fuertes y que resplandecan sus obras como luces. Esto
me hizo mucho bien. Ya empecé a comprender
si nuestro Señor exigiese una persona idónea
no resplandecería tanto su obra en lo poco o mucho
que quisiese hacer. Pero... ¿exigiéndome a mí?
Todo el mundo tendría que alabar a Él siendo
mi incapacidad y flaqueza. Comprendí y me
tranquilicé un poco.

Este Padre empezó a dirigir mi alma.
Yo iba a confesarme cuando podía y otras cosas,
le escribía y siempre me contestaba. Fui muy
bueno conmigo, pero nunca llegó a creer lo malo y
pecadero que yo era. Al poco tiempo lo mandaron
a América, a las Trinitarias, y me sentí un poco
soñoliento espiritualmente. Porque, aunque me
escribía desde América y yo le escribía, no me podía
ser una dirección. Lo más, algo de cuando al
recibir las cartas, casi siempre tarde.

Ya, desde América, el día 2 de octubre de
1941 - me llegó la carta el día 20 - me
dijo que fuera a ver al Señor Cardinal y se
lo explicara todo con toda sencillez. Yo fui, me
surrealmente, pero creo que todo, todo, me se lo dijo

Al cabo de tantos años no podía asegurarle, pero creo
que "aquellas palabras" que me dijo Jesús, no se las
dijo. Siempre he sido, y cada vez más, muy celoso
en guardar esto, que me parece un secreto entre
el y yo nada más. El Sr. Cardinal (de que Jesús)
muy satisfecho, me dijo que era cosa del Señor,
que no desmayara ante las dificultades y que contare
siempre con él. Me dio muy prudentes y acertados
consejos, animándome mucho.

Es decir, que de afortunaciones estábamos bien,
pero ¿qui hacía? ¿por donde empezaba?
A mí me había dicho el Señor lo que quería,
me lo había confirmado Jesús y la afortunación de
los Trinitarios de la Iglesia, pero cómo y cuando, yo no
sabía nada. ¿Pensaba si sería culpe mía o
que no había llegado la hora. Lo cierto es que me
encontraba solo. Jesús se había ido a trabajar
y el Padre estaba muy lejos. Vivía en estos mo-
mentos empezaba a dibujarse la trayectoria de
toda mi vida: mi terrible soledad. Mas
tarde, a la soledad, se unió la cruz, para
la cual - he de confesarlo porque es solo gracia de
Dios - siempre ofrecí gustoso y animoso, mis pa-
quitos hambrosos.

Redi al Dios que me ilumina y en tanto,
seguí con mis visitas de enfermos y mis actividades
en la Juventud de Acción Católica, de la
cual fui, primero, Secretario Comarcal y luego,
Delegado, y esto me llevaba de sufragando
por todos los pueblos de mi Comarca y muchos de
la Archidiócesis. Tenía mi vida llena, pero
no de lo que ansiaba mi alma.

La soledad a que antes aludo y que había
de marcar la pauta de toda mi vida,
duró poco por entonces. Fui a hacer Ejercicios Es-
pirituales, como siempre, a San Juan de los Ri-
os - sea a finales de 1942 o principios de
1943, no sé - y los dirigía D. Francisco Camión
Trujas. ¡Ahora sé que cambió mi vida!
Me impresionaron hondamente estos Ejercicios y
al confesarme, le abí de par en par mi
conciencia y ya seguí confesándome con él en
plan de dirección. Me entendió y me "caló"
perfectamente, sin apenas hallar, ya a fuerza
de palos - ¡tendidos palos! - abrió sobre mi pe-
queña alma torrentes de luz hasta entonces des-
conocidos para mí. Por supuesto, también me
dijo que lo veía todo de Dios. Pero que esto

en mí, mas que pensar en él, - el
bien - cómo y cómo - una presencia constante
de fidelidad y integridad en manos del Señor, que
cumple siempre Su Divina Voluntad.

Lo he encontrado palabras frías decirle a este tan
dijo Sacerdote. Todo lo encuentro poco. Era sabio,
santo, prudente, educadísimo, inteligentísimo. Tenía
un gran corazón que el sacerdote hizo una a-
pariencia seca, a veces áspera, pero siempre, sin
falta llegaba al extremo en la práctica de la
caridad.

El bien que hizo a mi alma, solo
el Señor lo sabe. Entre otras cosas, me enseñó a
caminar solo - aunque como debe un poco en
que lo seguía él - porque me angustió desde el
principio de hacerse cargo de mi alma, que me
había de sentir muy sola. Lo me lo comprendí
bien, aunque sabía que cuando él lo decía,
tenía razón, pero cuando murió, hace ahora 27
años, pude comprobar cuánto razón tenía.

Salíndolo así, en muchos momentos - se que sin
apartar de mí su mirada paternal hacia tan-
do me la mano en caso de apuro - me dejó,
es decir, me mandó caminar solo y decirle des-
pués el resultado de mi camino. Y entonces, me

agradaba secamente si bien, o me reprendía
enérgica pero dulcemente, si había estado mal.
¡Qué bueno, qué santo fue!

A mí se fue de su sequedad y ^{yo me} ^{engañé}
mas por ello, me inspiró una confianza
desde que lo conocí, era como un verdadero
padre. Acudía a él siempre seguro, tran-
quila, confiada, sin miedos de ninguna clase,
porque en él no había peligro, ningún peligro,
ni siquiera de incriminación o mala interpre-
tación. Él era todo paz, calma, transparencia,
serenidad, y esto lo transmitía a todos los demás.

Siempre lo hallé con el corazón en la mano.
Jamás le reulté nada, ni le tergiversé nada.
Solo la verdad, en mi favor o en mi contra.
Él lo sabía y tenía plena confianza en mí.
Me reprendía cuando era necesario, pero jamás
dudó de mí. Me contó de varios asuntos muy
serios que supo por varios conductos, pero que no le
promunció hasta que supo la verdad por mí.
Sabía que yo se lo decía de la manera más
objetiva. Este es el mayor consuelo que un
corazón sincero - aunque muy pecador - puede
encontrar en la tierra y esto lo perdí gran

siempre cuando él murió. Es una cosa muy grande. Llegar mas o menos cargado de penas; mas o menos cargado de culpas y saber que nos van a caer sin dudas ni de una palabra.

Antes me hubiera querido morir que disimular si quisiera lo mas mínimo, la verdad mas sencilla. ¿Con qué prodios pagaba Dios mio?

Basaban los años y el horizonte de mi vida no se despejaba. Creo honestamente que mis infidelidades, serias infidelidades, fueron la causa. Venian como atadas las manos al Señor. D. Francisco nunca me lo dijo, pero se me fue caviendo. Es cierto que en estos años estuve muy enfermo - al menos - temporadas mayores con otras fatigas - tanto que me pasaba meses enteros en la cama por prescripción del Médico, pero a pesar de todo fui, por lo menos, haciendome mas bueno, que gracias del Señor para ello me sobraban siempre y en cada momento.

En la Juventud de A.B. trabajaba siempre y en los enfermos, ahora dió: Me llevaban temporadas largas - meses y meses - sin dejarlos de visitar, siempre con gran contento de mi alma, y acompañada de varias jóvenes amigas que se me habían unido. Pero de cuanto, no sé si el principio

coincidía con las temporadas que me mandaban
reposo absoluto, dejaba de visitales sin más. Sentía
algo de malestar por dentro, pero yo lo ahogaba con
otras cosas - siempre infidelidades - y seguía adelante.
Pero la misericordia de Dios era tan infinito
conmigo, que siempre me obligaba a reanudar
las visitas, aunque yo no quisiera.

En una de estas temporadas en que no venía
falta enfermos porque no quería sencillamente - yo
no sé qué explicación me daba a mí misma
ni daba a las demás que tampoco iban al no
ir yo - me ocurrió una cosa que, después de
las "palabras de mi Jesús Nazareno", es tal vez lo que
más me ha impresionado en mi vida.

Fue lo siguiente: Entre muchos enfermos, teníamos
una joven de poco más de 20 años que estu-
ba tuberculosa y yo la visitaba mucho porque
estaba muy necesitada y porque además y por
encima de todo, quería prepararla a bien morir
porque sabíamos que no tenía solución. Pues
sin más, como a todas las demás, la dije de visi-
tar y aún no había recibido los Santos Sacramentos.
Cuanto tiempo, no me acuerdo, pero calculo que
daba lo menos dos meses que no íbamos a irguir

inferno. Una noche - ¡ Señor, ayúdame a escribirlo
claro! - tuve un extraño sueño: Vi un espacio
inmenso - no ve salía porque no tenía paredes ni
techo. Solo un espacio enorme, mas largo que ancho,
porque yo me vi el fin de aquello mi donde
compraste. Y en medio de aquel espacio, es-
tate la joven en cuestión - se llamaba
Francisca Lucía Banzel - sentada muy derecha
en una silla, y vuelto su cara hacia mí,
me miraba fijamente con una expresión de
requete indecible. No puedo explicar la aque-
sion de aquel rostro. No me dijo nada con la
boca, todo con el requete y la tristes de
sus ojos.

Me desperté en ese momento, se com-
punde que no pude resistir mas su mirada,
y con una pena horrible, le dije al Señor: Per-
dóname, Señor mío, perdóname. Tranquila mismo
vuelto a mis enfames!. Por qué reaccioné así
no lo sé. Sé que no dormí mas en toda la
noche y que, afortunadamente, me la pasó re-
petida pidiendo perdón al Señor y con mucho me-
do. Al día siguiente, le preparé un buen desayuno
con una o dos de mis compañeras de apostolado, fui

a vela. ¡Ay, Dios mío, cómo pude resistir aquello!
Ni cómo puedo ahora resistir al recordado!
Salí a recibirlos la madre y muy seria y muy
triste, me dijo que ... ¡Francisca había muerto!!
De verdad, que yo creí morir también en
aquel momento. Me quedé sin acción para
nada, dije unas palabras de consuelo a la pobre
madre y me retiré. Yo, con una pena y un re-
cordamiento que no soy capaz de expresar. Y a
todo esto, en silencio porque a nadie dije nada
del suceso. Desde el principio recibí el suceso como
un aviso del Señor, pero ante el resultado, me
confirmé más en ello. Y todo se me volvió
pedir perdón a Nuestro Señor y prometer no ha-
cerlo más. No me cabe duda que el Señor
quiere que visiten enfermos. Por entonces, los
Sacerdotes de aquí no visitaban a ninguno y no
una auténtica necesidad.

Cuando fui a Sevilla se lo conté todo a D.
Francisco, como era natural; me hizo varias pre-
guntas y sin comentar más, me dijo que siguiera
con mis enfermos y que no bajara tanto de lo
que el Señor quiere. Yo le dije que desde
el primer momento lo tomé como cosa del

¡Dios! y no me dijo nada en cuenta. Y él sabía
que lo obedecía ciegamente. Es decir, que si me
dijo que no es de Dios, yo no hubiera vuelto a par-
tir más que lo era, por lo menos consentidamente.
Porque una vez me dijo - yo pienso que para
justarme - que no pensara más en fundación
ninguna, que solo procurara ser buena y hacer
bien todas las cosas ordinarias. Y sabía que lo cum-
plía al fin de la letra. ¡Vaya si lo cum-
plí! Como y cuánto me costó, solo el Señor y él
lo saben. Pero obedecí y al Señor sé que le
agradó.

Bueno, pues volví a mis enfermos. Seguí
visitándolos - teníamos muchos - muy compungida por
la tremenda lección que me dio el Señor, pero
después de una larga temporada sin falta,
tengo que decir que me vergüenzo y confusión
mía, que ¡volví a dejar de visitar mis
enfermos! ¿Cómo se puede calificar esto?
¡Qué dureza! ¡Qué rebeldía! No me acuerdo
relatabas, de verdad. Me gustaba la vida
fácil, cómoda, a capricho, no es la verdad.
Tengo mal que el Señor en Su Infinita Misericordia,
me mandaba muchos males corporales tanto
le penas, que algo se iban de contrapelo. Porque

eso sí tenía, que los males que me mandaba
el Señor - a veces dolores muy fuertes - siempre
los recibí, no ya con resignación, sino con al-
gún, con una alegría albergada en el fondo
de mi alma, porque pensaba que ofreciéndolos
al Señor, me perdonaría mis muchos pecados
e infidelidades. Siempre que se me presentaba
un dolor, le decía al Señor con toda mi
alma: ¡"Gracias, Señor mío, bendito seas! Es lo
que fue el dolor para salvar mi alma,
que el dolor me va a redimir". Y en se-
dad que Él me dio fuerzas para nunca caer-
me de fealdad. Pero obsérvese que siempre na-
por egoísmo. Porque me perdonara mis muchos
pecados, para reparar por ellos... Me da la
impresión de que seguía pudiendo en mí
más el temor que el amor. Es cierto que tam-
bién me acordaba en mi fealdad de las
demás, de la salvación de las almas, de
ofender para gloria de Dios y para reparar las
ofensas que se hacían - y yo hacía - al divino
Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de
la Santísima Virgen. Pero, por encima de
todo, para que el Señor me perdonara y me

caballero. Esto es la verdad. Mucho egoísmo ¿no?
lo comprendo. Así estaba, sin visita enfermo, cuando
de cho sueno vino a almorzar. Pero cho enfermo también
ya, ya mayor, que también tenía mucha necesi-
dad y que, como a los demás, dejó de visitar.
Fue menos atencioso el sueno, pero también lo vi
muy feo y demacrado, que me suplicaba más
que regañarme. Todo con la mirada, como
en el cho. Pero él no estaba situado en un
espacio así como la del primer sueno, sino que
fue normal. Cuando me desfogué, me acordé
te fuere al señor que iba y que ya,
con su ayuda, jamás dejé a mis enfermos.
Cuando esa misma tarde fui a visitarlo, iba
más temeroso que cuando lo cho. Me parecía
que me iba a pasar igual e iba temblando.
Pero no. Gracias a Dios - ¿cómo es tan bueno el señor
con quien no se lo merece? - lo encontré vivo.
Estaba muy malo, ya no se levantaba, parecía
un cadáver. Y me recibió, él y su mujer,
con mucha alegría. Cuántas gracias di al señor,
solo él lo sabe. Y ahora sí que de verdad y
gracias a Dios Nuestro Señor, nunca más dejó de

visitar enfermos. Trabajo le había costado al señor
oírse y sentí mi dolor y miseria.

A este enfermo iba a verlo diariamente y le
dediqué un especial cariño y desvelo, porque me
trataron viví a su lado momentos muy tristes
para él y para su mujer, y ellos se consolaban
conmigo y me querían mucho. Por ejemplo, el
abandono total de sus hijas - tenía tres - probablen-
te por eso mismo, que les hacía sufrir mucho.

Un día recuerdo - poco antes de morir - estaba
yo con los dos, y le sobrevino de repente un vomito
de sangre tan tremendo que parecía que se iba
a ahogar. Lo lo tenía cogido por los hombros con
un brazo - estaba en la cama y se incorporó -
y con la otra mano tenía cogida la escupidera
donde caían los borbotones de sangre que provocaba
la pobre mujer, muy nerviosa, acurraca hacia para
barruntarlo. ¡Qué horrible! A mí no me daba
miedo ni escupido, solo pena de él y de no sa-
ber en qué pasaría aquello, si se me quedaría
muerto ahogado en los brazos, y me daba una
perra tremenda. Yo pedía al señor que sujetara
aquella fuente de sangre y le decía una
muerte mas tranquila. Se sujetó, al fin, y

al poco tiempo murió el pobrecito muy bien dispuesto
y habiendo recibido todos los santos sacramentos. Se llamaba
Francisco y su mujer, Luchana. A él le decían
"El Bigala" porque era muy alto y muy delgado.
Son dos personas a las que nunca he olvidado.

Y así, cayendo y levantando... quince días, unas ve-
ces con mas frezadas, otras con menos, unas veces mas
serenos, otras menos - porque yo era de esos que,
como dicen en la tierra macha, tenía "amancas
de caballo y farías de torico" - así, digo, llegamos al
año 1948. Así dejé mis enfermos ni mis activi-
dades en Acción Católica.

Pero yo venía sintiendo una desazón, una pre-
ocupación, porque pese a muchos esfuerzos, no
seía conseguido mi propósito de que, ademas de
las ropas y medicinas que podíamos llevarnos, tuvieran
un plato de comida bien aderezado, sin fal-
tarte nada. Encontraba que siempre faltaba
algo.

Y es que, claro, eran muchos los enfermos y muy
pocos nuestros recursos económicos; y así me queda-
ba el dolor, sobre todo la sensación de que
aquello no estaba completo.

Con mas desasosiego cada vez, de pensar que me
daba, este por llevado a la ocasión. Y tranquilo,

delante de Nuestro Señor, le dije mil veces que
qué quería que hiciéramos. y entonces, como por

casualidad, se me ocurrió que la mejor solución
sería hacer la comida nosotros. En lugar de
repartir a todos, siempre incompleto, el socorro,
fueron mas que nos esforzábamos, con todo unido, lo-
grábamos hacer, contando con la ayuda de N.
Señor, una buena comida, bien condimentada,
sin faltando nada, a nuestro gusto, dándonos
esto la seguridad de que cada infante con-
taria con un plato de comida abundante y
amovosamente guisado, digase de los hijos de
Nuestro Dios.

Se lo comuniqué a mis compañeros
y a todas las parejas de macevillas. Esto suponía,
yo se comprende, un mayor trabajo para
nosotros, bastante trabajo; pero eso teníamos todas,
que nunca nos echábamos atrás a la hora
de darnos a los demás.

Para ello, lo primero que hicimos fue tomar en
alquiler una casita que reunía todas las con-
diciones necesarias. Estaba en el centro del pueblo,
frente a mi casa, con lo cual, yo podía estar
mas al tanto.

No teníamos utensilios de cocina,

pero fue lo fuerte y de manera sorprendente, una
señora, muy amiga de mi madre, nos ofreció pasta
de y nos fuertó - luego la regaló - una olla muy
grande y muy buena. En pocos días reunimos lo
imprescindible. Todo, espumaderas, vasos de repartir,
cucharas y tenedores, fuecitos para freírlos la comi-
da, eran de lata. Pero así lo encontramos todo
perfecto - ¡cómo allane la ilusión! - y el día
10 de junio de 1948, dimos por quince por la
comida hecha por nosotras. ¡Fue contentos aña-
bamos y qué rica nos pareció! ¡Qué contentos
también los enfermos! La no les faltó, gracias a
Dios, un quince plato de comida buena y abundan-
te, y de segundo plato lo que podíamos y el fuerte.
Y junto con todo, el amor de muchas cocineras.

La comida la repartíamos a medio día, re-
cien hecha. Lba algún familiar de los enfermos
a recogerla y nosotras los visitábamos por la tarde.
Si eran enfermos que no tenían a nadie, la
lleábamos nosotras. Cada vez tenemos que hacer
mas comida, porque también la dábamos a
los muy necesitados, entre los que siempre había
algunos de los que venían a trabajar a las fincas
y mientras cobraban el quince sale - así la

llamaban aquí - que tardaba como mínimo una semana, le dábamos la comida a toda la familia. Entonces había aquí mucha necesidad y no sé si había dicho, que muchos tuberculosos. Como he dicho antes, estábamos muy contentas de dar la comida hecha. Pero los gastos aumentaron enormemente. No teníamos bastante, ni mucho menos, con los medios de que disponíamos - lo que podíamos reunir entre nosotros, nuestros familiares y amistades - y como dejar de comer, tampoco queríamos, comprendí que había llegado el momento de sacrificarnos por muchos enfermos y necesidades hasta el extremo ¡délit extremo!, pero entonces me lo parecía. Y se me ocurrió lanzarnos a pedir por las casas. Requirí un doble objetivo al hacerlo: reunir algo de dinero, y que esto fuera a costo de mucha humillación y sacrificio. Me ataba increíblemente, porque me sabía soberbia.

A mis compañeras les parecía muy bien y, de perfecto acuerdo, pedimos por primera vez, el viernes, 19 de noviembre de 1948. No pedíamos en todas las casas, pero poco a poco, íbamos a más porque le gente nos llamaba, aunque

yo creo que sin comprender bien. Pedíamos los
vieques porque era en el día en que aquí
pedían los pobres y nosotros quisimos hacernos pobres
con los pobres. Muchas veces como a ellos y aún
peor que a ellos, nos trataban en algunas cosas.
Seguimos así de sus insultos y humillaciones. A
mí, en realidad, me alegraba tanto como ha-
ber sido como un pobre más que llegar a la
fuente, que el viudac se me convertía en
godo.

Unos meses después - ya en 1949 - alquilamos
también un salón bastante grande y bien venti-
lado, que se comunicaba con la casita en ques-
tión. Y algo más tarde - muy poco - la casa
que estaba sobre el dicho salón, es decir, el piso
alto. Se comunicaban los tres. Era una esquina.
Había, queres, aire y luz y, sobre todo, solarse y
limpiarse enaguados, gracias a Dios.

Lo hacía todo
esto guiado de un fuerte impulso interior que
no siempre comprendía, pero que me aguiataba
la idea precisa, aunque un tanto vaga,
de que en aquel rinconcito había de comenzar
lo que el Señor quería. En el intertanto, uti-
lizábamos el salón y la casa de arriba como desa-

luego de la ota que me fueguere.

Así llegamos al año 1.950. Trabajando en firme con entusiasmo y perseverancia.

El día 24 de agosto del mismo año 1.950, festividad de San Bartolomé Apóstol, Patron de nuestro pueblo de Niva, fui por la mañana a la Misa solemne que se celebró en la Parroquia y me encomendé a él con sincera devoción, rogándole que intercediera por mí ante el Señor.

A medio día, después de almorzar, me retiré a descansar un rato, que me lo había mandado el médico. Pero enseguida - concretamente, a las 4 de la tarde - me tuve que levantar movida por una invisible fuerza interior. Me fui al patio que estaba completamente solo y en absoluto silencio. Sin saber qué me pasaba, me senté en el sitio donde todas las tardes me sentaba a leer y sintiendo cómo todas las potencias y sentidos se reagían hacia el interior de mi alma, sin yo hacer nada para ello, le pregunté al Señor con todo mi corazón: ¿"Qué quieres, Señor"? Entonces... Él me ayudó a exponerlo bien, porque yo no quería que pareciera extraordinario,

cosas que fueran sencillas; que cosas grandes nunca
pasara por mí. En realidad, no había sujeto.
Entonces, repito, yo vi no con los ojos del cuerpo,
que los tenía cerrados, sino con la imaginación,
no sé, a la izquierda de mí, una Imagen
de Jesús humano con la Cruz a cuestas. Muy cerca
de mí, quedaba mi cabeza a nivel de la
luz, pero cerquísima, cerquísima. Me parecía
una imagen muy hermosa y agradable, pero no
su Divina Persona. No sé si me explico.
No me dijo nada, no se movieron sus labios.
Yo, todo como vide, pero con absoluto y delicio-
so paz y tranquilidad y siguiendo mirando hacia
dentro de mí, pero a hacer la pregunta: "¿Eres
quienes de mí, Jesús mío, mi Divino Humano?".
Fui a decir con esto que aún sabiendo que estaba
allí la Imagen, yo seguía recorrida en el fondo
de mí alus con la Santísima Trinidad, y
allí hice la pregunta, aunque sabiéndome y
sintiendo coligada y amparada por la Divina
Imagen, que me comunicaba una fortaleza
enorme. No lo sé explicar mejor, de verdad.

Como dije antes, no hubo palabras. Solamente y con
toda claridad, una idea que se dio en mí.

corazón, en mi alma y en mi mente y en todo
mi ser: ¡ANCIANAS!. Compañerí enseguida
y le dije: "¡Ah! sí, recoge ancianas en el sa-
lón". En un instante se me revelaba el des-
tino de aquella criatura y de mi vida entera.
Y un gozo inmenso, inefable, inundó todo mi
ser. A todo esto, yo jamás había pensado en ancianas,
ni me gustaba para nada, casi diría que
me repugnaba un poco, no sé por qué.
Y he aquí que en aquel momento me sentí
lleno de gozo y felicidad y sentí nacer en mi
corazón amor y ternura por todas las posibles an-
cianas que se me podrían presentar. Le dije

al Señor contentíneme, que proseguiré in-
seguida a Sevilla o directamente a D. Francisco,
porque no daba un paso sin su aprobación,
que para mí era la de la Esprit entera.

Fui, en efecto, lo más pronto que pude y se-
lo conté todo, todo a D. Francisco. Con los más mí-
nimos detalles, que ahora algunos habré olvidado,
aunque no lo esencial. Nunca olvidaré esta
consulta. Me escuchó con toda tranquilidad y
como me conocía tan bien, apenas tuvo que

preguntarme nada. Cuando yo terminé, se le iluminó la cara de santo que tenía, y me dijo muy contento: "He quitado las ancianas. Abi me hay aya-
gor". Jamás he olvidado este frase y cómo le suena-
rá. Me dijo que lo hiciera cuanto antes y al yo de-
cirle que me quedaría recoger la primera an-
ciana un día de la Virgen, me contó que
me, que lo hiciera cuando surgiera la necesidad,
que para hacer caridad no había que esperar
a una fiesta de la Virgen y que "Ella se a-
legaría más así". Lo tenía en esto mucha du-
dación pero comprendí que, como siempre, tenía ra-
zón y no dudé ni un momento en hacerlo como
me decía. Ya en casa, de vuelta de Sevilla,
fregué a mis compañeras el asunto de las ancianas,
diciéndoles que lo había acordado con D. Francisco,
pero sin decirles nada de lo que me había pasado
el día 24 de agosto. Esto solo se lo conté a
Esquivarosa, a quien ya antes le había contado to-
do lo demás, porque me merece plena confianza,
porque es la más sinceramente piadosa y porque
en cuestiones espirituales nos entendíamos muy bien.
A todas les pareció maravilloso el plan, lo encor-
taron.

Las cosas tiene el Señor, porque a ellas, como a mí, no les gustaban las ancianas.

Imprimamos, pues, a su gracia el salón con entusiasmo y optimismo, pero con la más absoluta pobreza. No teníamos de nada; ni mesa para comer las ancianas, ni platos, ni cubiertos, ¡nada! Tomo ejemplo de lo que en el salón había un armario empotrado sin puertas. Era bastante y para cubrirlo con una cortina, tuvimos que hacer de pedacitos de telas de todos los colores y formas. Parecía un muestrario, pero éramos tan felices que cualquier cosito nos encantaba. Yo me sentía feliz en

medio de tanta pobreza porque pensaba que no teniendo nada de mucho valor, el Señor se vería más obligado, puesto que aquello lo quita Él. Y además, no podíamos enojarnos de nada pues nada poseíamos. Estaba de resplandecer fuerosamente la Triciclopedia Infinita.

A los pocos días de empezar a limpiar el salón, empezó a mandar por la comida una señora de aquí, de muy buena familia, que a la sazón vivía en una habitación que tenía alquilada en una Posada. Trabajaba con un niño y notábamos que al echar

la comida caliente en la lata, despedía muy mal olor, pero luego con el buen olor de la comida se quitaba, y no le dimos demasiada importancia. Nos daban seguimos que en esa lata había sido todas sus necesidades, luego la enjuagaba y mandaba que la comida. A los no muchos días de estar llevando la comida, los dueños de la granada nos mandaron una razón, diciéndonos que si podíamos ir a ver a aquella mujer, que estaba como loca, gritando y molestando a todos los huéspedes. Esto fue el día 24 de noviembre de 1950. Y esa misma tarde fuimos. ¿Por qué no íbamos antes? Exactamente, no sé por qué, fueras nosotros solíamos visitar a todos los que se llevaban la comida. Seguramente sería que como estábamos muy ocupados y ella vivía en una habitación dentro de la granada, no creíamos que estaba tan abandonada. Pienso que sería todo eso, que ciertamente no lo sé.

Fuimos. El espectáculo que se nos ofreció fue, no impresionante, sino escalofriante, horroroso. Una habitación muy chica — no calculo las medidas, soy mala para eso — con los muebles sencillos que a la granada mujeres le quedaban. Una cama muy sencilla, una

cómodo, varias sillas y unas cuerdas. Todo muy sucio.
Y en medio de tanto basura y mierda, una
anciana de 83 años, ciega, con la cara descom-
puesta y gritando sin parar: ¡Sacadme de aquí!
¡Sacadme de aquí! Cuando nos fijamos, estaba
llena de piojos y de chinches, y los muelles, igual-
mente, sobre todo la cama y los cuerdos. Los piojos
encima de ella estaban en racimos, amontonados,
se le caían constantemente. En la cama, entre
además chinches en cantidades incalculables. Por
mucho que lo intenté, no puedo describir lo que
aquello es. ¡Qué horror! Pero perseguir me
dio un vuelco al corazón y comprendí que el
Señor me señalaba con el Dedo a la primera
anciana que habíamos de recoger.

A mí se me fracturó el alma de dolor
y compasión. Humanamente, mi corazón no
podía sufrir aquello. Era desgarrador.

A fuerza de sufrir, conseguimos calmarte poco a
poco y cuando estaba más tranquila, aunque lloran-
do amargamente con sus ojos sin luz, cada segundo
era un desgarrón para su alma y le dije,
le pregunté: "Felisa - se llamaba Felisa de los
Pence -, entonces, ¿se quiere ir con nosotros?"

sin saber donde iba, ni cómo, ni quiénes íamos,
empezó a decir, como fuera de sí: "¡Si, si, si! No
me quedo esta aquí, llevadme pronto, que esto es
buenillo". Yo miré a mis compañeras y pude captar
que estaban colgadas de mi voluntad y firmemen-
te decididas a seguirme en todo. Suoqué con
toda mi alma las luces del Espíritu Santo y, en
un alarde de confianza en la Infinita Miseri-
cordia de Dios, le dije serena y segura: "Fidelis, he
es siempre - ella ni lo sabe - y es muy tarde, pero
pasado mañana, si Dios quiere, después de almorzar,
vendremos por V. y ya terminarán sus penas, pues na-
da, si Dios quiere, le he de faltar".

Por tomamos este tiempo, de viernes tarde a domingo
a medio día, para arreglarlo todo, pues ya he dicho
que el salón no tenía nada. Solo tenía limpias las
paredes y los suelos y los techos. Y no contentamos con
nada. Pero confíate en que viendo del acuerdo del
Señor, Él provee a todo. ¡Y vaya si proveyó!
Con mucho sacrificio y trabajo, conseguimos arreglado. Re-
cuerdo que el colchón lo hicimos de pedacitos de
lata que llamamos de muchas casas y que los
unimos lo mas firmemente que pudimos por la
fuerza de tiempo. Las sábanas, de lienzo, las

comparamos "al dote", una colcha no se quita de
mosetas, lleró usado, fiero lingüis y louto. Tientos,
beniamos y una almohada también. Quedó ya
el esquero de la cama. Faltaba el de ella y
también se lo hacimos de la misma manera.
Una muda completa hace cuando se lo que-
rre todo. Como sabía el señor el tiempo que
necesitábamos!. Nos vino justo. Era el domingo a
medio día y todavía estábamos cosiendo y preparan-
do.

Antes de comer, fuimos por la cama de ella.
Solo el señor sabe lo que nos costó dejar la cama
lingüis. Cuanto bicho que no tenían fin! Cuanta
requerancia ante aquellos bichos tan grandes!
Cuanto DDT del mas fuerte!. Pero, al fin, quedó
lingüis, increíblemente lingüis, gracias a Dios.
Y lo fuimos a hicimos con tanto sermoneo y
mimo como si lo fuera a ocupar Nuestro Señor
Jesucristo. En lo que a mi respecta, puedo
decir que parte de mi consión lo estubo de-
jando entre aquellas ropas que habían de colgar
a la primera de muertas ancianas.

Después de comer - aproximadamente a las
cuatro de la tarde - fuimos por ella. Antes de

salí de la cante, donde nos habíamos reunido to-
das después de haber comido en muchas casas respecti-
vas, nos arrodillamos delante de un cuadro grande
de Jesús Nazareno que nos habían regalado, y que
aún conservamos, para implorar su auxilio.

Tengo que confesar, para confusión mía, que
en aquel momento y luego ya de jué, las piernas
me temblaban, hasta casi no poderme sostener.
Me faltaba valor para abracarme con aquello, aun-
que no fuese en mi decisión. No sabía por
dónde íbamos a enfilar. Con la ayuda del
Señor, me refirme pronto - nadie notó nada -
porque es el caso que yo no podía dar muestras de
debilidad, si bien solo me una debilidad física,
sino que tenía que animar a todas con un
derroche de ánimo que a mí saltó en aquellos bre-
visísimos momentos, pero que el Señor y la Santísima
Virgen a quienes me encomendé con toda mi
alma, me lo fortalecieron en tal medida que
yo misma me sorprendí. Sentí la consoladora
seguridad de que, por muy difícil que nos pare-
ciera, ellos nos ayudarían en todo. Y nos ayudaron.

Lo hicimos al salir tal como estaba y, con un
orden y habilidad en todas que solo el Señor

puedo darme, le linquamos y escamondamos, dejando
la mas linque que el jaque, cabeza y todo,
sin cosa niene ni que de moscas, ni
quedade a ella nada. Todo en un espacio
de tiempo relativamente corto. Tenia todo el cuer-
po lleno de baidas, como empesada a cama. Des-
quies de semejante baido, a la probucita tuomas
que daude un buero batido con comac, porque
estaba debilitado, aunque mas contento que
debilitado. Se quimias la ropa que le ha-
biamos jugurado y quedo que daba gusto de
verla. Como nota amora y expamente de com
estaba, contae: Tenia en su cama un col-
chon de lana muy bueno y para que estoria
mas comodo que en el de hojas de mais
que moscas le habiamos jugurado, pensamos op-
timistamente, desinfectarlo y proskarlo fresco.
Para lo cual nos lo trajimos y lo fuimos en la
fuente del salin mientras la aveglabamos a
ella. Cuando salimos, difucetas a seguir con el
colchon, nos llevamos una sorpresa enorme.
Los piojos y los chinches estaban en tal cantidad
y con tal tamaño, sobre el colchon, que la
gente que pasaba para el biné, se iban

por el medio de la calle, mirando a hombrecillos.
Nos dió mucho sequinas y vino a la vez y con todo
fuise nos llevamos el colchón a un barranco, lo
reciamos de gasolina y le prendimos fuego, junto
con la ropa que le habíamos quitado. Pero lo
mas terrible es que quedaban tantos bichitos en la
agua y tan enanos que tuvimos que balsear to-
da la fuente con muchos cubos de agua hasta
arastarlos a un canto que estaba cerca. Vió
un verdadero espectáculo, un domingo en plena
tarde... Pero como nadie sabía lo que estaba
pasando dentro de aquel salón, tampoco nosotros
sabemos lo que pensaban de lo que pasaba fuera.
Como íbamos a imaginarnos que dentro del colchón
había tantos! Formaban un solo tejido con los
mecaneros de lana. No usaban nada. En que era
un cuadro honroso: la cantidad de minucia y el
tamaño de aquellos parásitos nunca lo habíamos visto;
y eso que nosotros, en nuestras visitas de enfame, es-
tábamos acostumbrados a ver personas con minucia
en cantidad, pero aquello rebasaba los límites de lo
posible. De este manera tan sencilla y tan in-
damente sencilla, recogimos a mucha quimica an-
cia, dando a muchas pobres vidas un giro de

90°. ¿Habrán nos ido a decir que nuestro futuro
serán ancianas?.

Tengo poco tiempo, y menos aún tranquilidad, para
escribir. Se me pasan días y días sin añadir
una sola letra. Pues cuando dispongo de un re-
lato, no puedo dedicarlo a lo que ya escribo. Y así,
no sé si las cosas van con ilación. Perdónadme
quienes lo leáis y advertid de paciencia porque
soy pesado en mi natural afán de que las
cosas queden claras. Yo sacrifico, de bonitas, la
corrección, la elegancia y la agilidad, quise-
rísima, a una difusa claridad, que tampoco
sé si la tengo después de tantos esfuerzos.

Si el tiempo me deja terminar, lo pasará a
limpiar y lo corregiré, aunque no sé si para modi-
ficar lo que antes escribo. Por eso no me quito
escribiendo muy de prisa, porque aunque después
lo quiera corregir, al final lo dejo casi todo como
está: bien o mal.

Desde que empezamos a visitar en prensa,
es decir, desde que empezamos a hacer el libro,
aunque con muchas imperfecciones, por supuesto,
se levantó contra nosotros una olea de críticas

terrible. Mientras habíamos sido unas pocas desgraciadas de las demás, no hubo críticas, pero ahora sí. ¡En serio!. Todo pasó que debíamos adelantar en medio de nuevas críticas. Así, por ejemplo, cuando empezamos a dar la comida hecha, aumentaron las críticas. Cuando comenzamos a pedir, volvieron a aumentar. Y cuando recogimos la primera anécdota y seguimos recogiendo más, llegaron al paroxismo. De mí, concretamente, dijeron todo lo más malo que se puede decir de una persona y en todos los sentidos. Y las demás, por el solo hecho de estar unidas a mí, eran anatematizadas de la misma manera. Lo llevamos bien, gracias a Dios y no pasó en nada nuestro labor. Yo me volví de un resumidamente muy simple. Tiraba al Señor de casa y le decía con toda mi alma: "Señor ¿tú sabes que todo lo que dicen es mentira, pero sabes también que tengo otras muchas cosas que son verdad y que no las dicen porque no las saben. Pues lo uno por lo otro. Que no me falte Tu gracia es lo único que te pido, para llegar hasta el final."

Lo triste era que, si no los promotores, por lo menos se los abundados principales en este campo

na de críticas acerbadas, de autocríticas y terribles calumnias, fueron siempre los sacerdotes, todos los que se fueron sucediendo, salvo honrosas excepciones. Flauto en el quidquid - entonces se meataban de mí. ¡Qué horrible! Y es el caso que cuando yo hablaba con ellos, siempre estaban bien conmigo. Para ver me atacaron de frente y aún en estos casos, quedaban amigüisimos.

Pero, claro, la gente solo los veía por detrás y no sabían - yo no lo decía a nadie, naturalmente - que delante de mí eran completamente distintos. En su ciudad es que les faltaban argumentos de feso para atacarme y yo provocaba contestales siempre con la mayor dulzura que podía.

En su propia persona no la defendí nunca, defendía solo cuando intentaban prohibir algunas cosas buenas y necesarias para nuestra obra. Entonces sí. Entonces, incluso los abogados y yo y siempre, gracias a Dios, salí por las buenas con todos ellos.

Lo cierto es que nunca hemos sido del acuerdo de los buras. Aquellos, nos encontraban "comunidades", y estos - los progresistas - nos encuentran ahora "retrógradas".

En definitiva, ahora y entonces, el mismo clericalismo, todos queriendo dejar su impronta en nuestra obra, de manera tan dictatorial los unos como los otros.

Dato curioso: cuando se marchaban, todos habían hecho ya las paces ampliamente con nosotros e incluso algunos nos hicieron, al final, grandes favores. Tras de uno, al marcharse, me pidió perdón por "todo", pidiendo que yo de antemano tenía concedido, ¡tuviere que ver!. Pero esto tampoco se supo porque nunca lo dije. ¿Qué me importaba a mí la opinión de la gente?.

Claro que entonces y gracias a la infinita misericordia de Dios, tuvimos a D. Francisco Canón. Habíamos de luchar solos, si, pero bajo su vigilante y paternal mirada y su consejo siempre prudente y acertado.

Yo iba mucho a Lerida y le contaba todas las cosas. Él sabía hasta lo mas nimio que ocurría en nuestra casa, y por supuesto, en mi alma. Como me conocía tan bien, jamás se molestó en levantar mi opinión. Sabía que yo era, tanquam mentelucubrante aminorado, y si alguna vez fueron pocas, pero fueron algunas - me desanimaba, o mejor, me disgustaba un poco por las monstruosidades que

me abituaban, il me decía simplemente, des-
pués de escucharme con mucha atención: "¿e
V. è qui?". Yo le argüía lo que decía esto
esto. Y me resolví a repetir "¿e V. qué?".
Yo sabía lo que me quería decir con esto: que
como todo era mentira, no tenía que preocupar-
seme. Que mi sola preocupación fuera
agradar a Nuestro Señor. Yo decía, espiritua-
lmente, estaba tranquila y muy contenta.
Pero desde el punto de vista social o personal
- no sé qué término sea más adecuado - ad-
quirí un complejo terrible. Era consciente de
ser el blanco de las miradas y las críticas de todo
el elemento feúdo del pueblo y de los alrededores.
Y, en general, de todas las personas de mi re-
torio - la clase trabajadora, salvo algunas excep-
ciones, siempre aturo con molestias - y así, cuando
salía, iba tremendamente humillado, acomple-
jada, sintiéndome deprimida con las miradas y
las palabras. En la Iglesia, no me atrevía
a pasar adelante, me daba vergüenza. Era
el sitio donde más diosa ocausada me sen-
tía de todos, desde los sacerdotes hasta el últi-
mo feligrés.

Humanamente considerado, era una situación insostenible. Pero aquí es donde debo ser sincera conmigo misma para alcanzar a comprender el valor justificador que tuvieron para mí aquellas benditas aunque inexplicables actitudes. Resultó que, sin que me hubiera dado cuenta, yo tenía un frequito - o un muchito, no sé - de vanagloria, estaba un frequito pagado de mí. Vamos, que me creía ser yo alguna parte en aquella obra que el Señor puso en mis manos. Y el Señor ¡bendito sea!, de un golpe me hizo ver la realidad: Tú yo no era lo que creía, sino que era como me veían y decían los otros, aunque fuese en otras cosas. Y resultó que entonces, no solo me despreciaban los demás, sino que me desprecié yo a mí misma. A la distancia de tantos años, ¡qué bien lo veo!, conocí, al fin, mi verdadero papel en esta obra: el de simple, débil y miserable instrumento. Como el pincel en manos del artista, pero yo no un pincel uncio y encima, rebelde. ¿Tú me habías uncido yo? Encima todos seían. Haciendo al pincel, burla, miseria, infidelidad, rebeldía. Haciendo a Dios, envidia y burlación. ¡Benditas críticas!

¡Benditos mis enemigos, que luego casi todos fueron amigos!, ¿cuanto bien me hicieron?

Mi soberbia personal siguió, y sigue, adelante, pero referente a la Obra, suplico para siempre, gracias a nuestro Señor y a la Santísima Virgen, que no tenía en ella la menor parte; al contrario, el daño que le he hecho con mis omisiones e infidelidades. Que la Santísima y Preciosísima Trinidad, a quien tanto venero y amo, me perdone y tenga misericordia de mí, según Su Gran Misericordia.

A partir de la primera anciana - el 25 de noviembre de 1950 - ya siguieron ingresando más. Todas, salvo rara excepción, sucias, todas con miseria, aunque ninguna como la primera; y todas ¡probecitas mías! con muchísimo hambre. Y sin pensiones de ninguna clase. Pero que solo las tenían de la Compañía de Ríotinto, por sus mercedes, una pensioncilla de 13, 15 y 20 pesos mensuales. ¿Qué nos iban a entregar de eso? Es decir, que nosotras teníamos que atenderlas absolutamente en todo y de todo. ¿Cómo podíamos? Conviendo al Señor, no cabe ni frecuencia. Podíamos mu-

de a muchas amistades, el Señor trataba las cosas y nos llegaban muchas limosnas. Y además, trabajábamos. Hacíamos labores de malla, que entonces estaban de moda, y de fivollité. Teníamos así la satisfacción y el consuelo de contribuir con nuestro trabajo manual a sostenerlas. Y el resto lo hacía nuestro Señor. Porque, como es natural, seguíamos dando la comida y demás cosas necesarias, a los enfermos y necesidades. Fue un gesto grande, que de no ser por intervención plena de la Infinita Misericordia de Dios, no hubiera sido posible. Yo era consciente de que solo a El lo debíamos todo y así cuando los asuntos eran grandes, le decía con toda mi alma: "Señor, Tú sabes lo que pasa y a Ti te interman mas que a mí, tanto las ancianas como los enfermos. A ver cómo lo resolvemos". Y lo resolvía rápidamente, sin enfadarme conmigo, porque sabía que no había falta de respeto por mi parte, sino exceso de confianza. Y a muchas ancianas, gracias a Dios, nunca les faltó nada. Tenían incluso, unas relativas comodidades, fuesen a su un solo salón. Pero no cabe duda que estaba habilitado de un modo ingenioso

y resultaba bastante confortable y hasta bonito.
Lo, por lo menos, lo encontraba así. Noches, todas, es-
tábamos contentísimas; y yo mientras más tiempo pa-
saba, más apremiada sentía la necesidad
de formar Comunidad. Comprendí que solo así
misra dedicación a las ancianas sería total.
Y sobre todo, misra consagración al Señor
buscando solo su mayor Honor y Gloria y misra
propia santificación. Pero, algo por dentro me
decía que solo podríamos conseguirlo eficazmente,
cuando viviéramos en comunidad, alejadas de
todas las cosas del mundo. D. Francisco sabía de
estas alabanzas que el Señor daba a mi
pobre alma. Yo sabía y lo comprendí, pero es-
peraba, no sé si porque no sabía llegado el mo-
mento o porque no me veía tan preparada para
ello por mis muchos pecados. Porque en el caso que
todas las dificultades que habíamos tenido para reu-
nirnos en Comunidad, habían sido resueltas. Incluso
la última que nos puso D. Francisco, había sido felicita-
da sufragada, por la Infinita Misericordia de Dios.
Fue tan providencial que no quise dejar el contacto.

Él dijo que él sabía ciertamente que él tenía lo
que él me iba a dar y que, frente a mi in-
dignidad, me había dirigido precisamente a mí
como instrumento débil y flaco, pero valiente. En
esa misma seguridad no me faltaba nunca a
mí en los momentos difíciles que habían de venir.

Pero que antes de formar la comunidad, tenia-
mos que asegurar el sustento de la misma,
pues las hermanas serían destinadas únicamente a
las acogidas, los enfermos y las necesidades.

Pensé que, por un segundo - quizá menos de
un segundo - sentí freno en el fondo de mi
conciencia, porque yo, en mi afán de saquear,
con los pobres, había sonado vivir de limosnas
como San Francisco de Asís, aunque fuera comiendo
un mendrugo de pan. Pero como él siempre te-
nía razón, no quise la menor resistencia.

Las circunstancias vinieron a demostrar, más
tarde, cuán sabio y prudente fue su mandato.
Por no extenderme demasiado, no relato las circuns-
tancias, numeradas y quales, a que me refiero.

Pensamos, entonces, D. Francisco y yo, que la mejor
solución sería esperar a que Esperanza se vi-
niera aquí o bien en canal de Trastevere, por

lo cual estábamos, pero resultaba difícil porque no
tenía todavía suficientes frascos conseguir, por
consenso de traslado, un pueblo de más de 10.000 habi-
tantes, como me Nieve. Ocasionalmente en un año
de 1951, le habían concedido El Trachano, pedido por
esta por la vacante que había más cerca de
Nieve, pensando más lo más a menudo posible.

Pero ahora ya, frasco tenía que en ella con
su sueldo, el principal sostén de la Comunidad,
no podía en sueldo El Trachano. Teníamos, pues, un

nuevo campo de espera. Pero como el buen no se
deja ganar en misericordia y tiene siempre re-
cursos y soluciones imprevistas e insuspechados para
nosotros, lo solucionó rápido.

Sin más, y de pronto, se convocaron unas Opciones
a Diezmilistas, para las cuales había reservado
una plaza en Nieve. Y para que más replan-
teciera Su Poder, Su Misericordia, en una
palabra, Su intervención directa en el asunto,
permitió que nos enteráramos tarde. Solo faltaba
un mes para comenzar y estaba a punto de
cerrarse el plazo de admisión de solicitudes. Se
enteró D. Francisco y nos lo dijo inmediatamente.

Lo no quise presionar lo mas mínimo a Esperanza, pues comprendí que el esfuerzo, por el poco tiempo y el trabajo, eran solo para ella. Mas ella, con una valentía y una decisión dignas de admirar, no vaciló un instante. Dijo que, con la ayuda de Dios, las haré, aún cuando frace ello indiere de hacer de las noches, días.

Las oposiciones las anunciaban muy fuertes, y así fueron en realidad, porque había muchos opositores y muy pocas plazas. A todo correr presenté la documentación y recogí los programas. Se quedaban entorpecidos, justamente, 28 días, incluidos domingos y días festivos.

Aquí quisiera yo dedicar un humilde párrafo de cariñoso elogio, admiración y agradecimiento a Esperanza, que lo llevo muy dentro del corazón. Por su valiente decisión, por su fe en que el Señor le ayudaría, pues por Él lo haré. Por su indiscutible talento, por su amor a la obra, por su capacidad frace el estudio y por su bien sabido estudio. Lo no he visto nunca a nadie estudiar más y mejor, con mas orden y con mas eficacia.

Empresó por dividir los temas que tenía que preparar, entre los días de que disponía, y con

una fuerza de voluntad inalterable, todos los días desarrollaba lo que se había propuesto. No inquietaba la hora de levantarse.

Constituían las oposiciones de: tres ejercicios escritos, uno oral y otro práctico.

De tal forma, tan a conciencia se preparó, que en los tres exámenes escritos, nos felicitaron. Por la profundidad de su contenido y por la belleza de su redacción. Introduco aquí, a Nervo, Negaron los comentarios del Tribunal. Esto no es conveniente que ocurra.

Baste decir que, con tener un examen oral y otro práctico - ella -, los exámenes orales y prácticos los desbucó por sus nervios - si bien los desarrolló perfectamente, aunque sin lucimiento, con timidez, obtuvo en la calificación total, uno de los primeros números: el 3. Al decir fela, como casi todos estaban decha's, tenían un miedo horrible, temiendo que se llevara alguna de las capitales. Fue gracioso cuando ella les dijo que tranquilizasen, que ella quería y pedía Nervo, ya que solo por ella había hecho las oposiciones. Causó una sensación enorme, claro.

El tema se lo estudió muy en cuenta en el

bielo, no me cabe la menor duda.
Empezaron las Ejercicios el día 4 de julio de 1951.
Duraron varios días, aunque fueron bastante seguidos
las Ejercicios. Y el día 12 de febrero de 1952 formó
provincia de la Escuela. Sería imposible decir
lo contentos que estábamos y qué contento también D.
Francisco. Era mas contento que todos estaba. Muerto
señor. Seruicio por el regalo que Dios había hecho.
¡Bendito sea mil veces y bendiga El a Exuperante
y la gracia en santidad como se merece y yo
lo juro con toda mi alma!.

Ahora si que, gracias a Muerto Señor, estaba
todo definitivamente resuelto y a punto para co-
municar. Solo faltaba que el Señor nos dijera
el momento y esperaba yo que esto lo haría a través
de D. Francisco. No quería dar ni un paso sin la
aprobación y bendición de aquel santo. Y así fue
en efecto. Un día, quizás cuando menos yo lo espe-
ra, me dijo D. Francisco que fuese a ver al Ar-
zobispo (seguro) y que con toda sencillez le ex-
pusiera mis propósitos, diciéndole, por supuesto, que
el lo autorizaba todo. Eso tenía D. Francisco, que nun-
ca nos cobraba el costo, siempre nos respaldaba con

de prestigio suyo, con esa autoridad que da
una vida inapagable. Fuimos enseguida
permanece vivo conmigo - y le dijimos todo lo que
calamos hecho y lo que queríamos hacer.

En esta ocasión, si oíste que no le sentí
intimidad ninguna. Un filantropista puramente
racional fue lo que le hice. El se puso
contentísimo, le encantó la idea. Me dijo que
le escribiera, no recuerdo si cada ocho días o cada
quince, - lo quedo en las cartas - me contestara
enseguida y que fuera a visitarlo a mas tardar
cada dos meses, si podía antes, mejor. Que el
nos ayudara económicamente "en grande", pues
no quisiera que fuéramos atolondrados, ni
tuviéramos

deudas. De mi esto me dio mucho disgusto y como de
Palacio nos fuimos a D. Francisco, le dije apenadísimo
que lo de la ayuda "en grande", es lo único que
me había entristecido profundamente, porque yo no
quería que nuestra casa perdiera el sello de po-
breza y sencillez que siempre había tenido.

Aquí, como en todo, me tranquilizó D. Francisco,
diciéndome que si queríamos, como él también
quería, ser pobres, lo seríamos aunque tuviéramos

todos los dineros del mundo. Pero que además, el Sr. Cardenal no haie - no por la sencilla razón de que no podía. ¡Qué rasguo di! En efecto, fue así, si bien nos ayudó bastante, sobre todo en lo que toca a los gastos, que fue otro impedimento que tuvimos para reunirnos en la casa. El muro exterior de la casa se desmoronó terrible y repentinamente, amenazando con derrumbarse de un momento a otro. El muro, hacia la calle y el techo, por consiguiente, se caía sobre las ancianas.

Como vimos el peligro tan inminente y la dueña de la casa dijo no tener recursos para arreglarlo, comprendí que solo el Señor podía remediarlo. Puse en Él toda nuestra confianza, avisamos a un albañil para que nos diera el presupuesto. Nos lo dio - 8.200 ptas. - y concertamos el día que empezaría, que fue el 8 de agosto de 1952.

A todo esto, no teníamos ni una chica, solo fe, mucha fe en que el Señor lo haría como fuese.

En esto, nos tocó ir a visitar al Sr. Cardenal; pero nada le dijimos, porque yo siempre tenía el concepto de que a las superiores hay que llevarles los problemas resueltos, para que no se caigan

ante las muchas dificultades que se le presentaron.
Pues, cuando ya nos veníamos, de fin y el Sr.
Cardenal también, de pronto me dice: "¡espera!",
y me dio un sobre con dinero. Era justamente
la cantidad que necesitábamos, ni más, ni
menos. Siempre suimos esto, si no fue milagro,
al menos por muy providencia. Se luego, este
día se lo contamos al Sr. Cardenal y se puso muy
contento. Y me dijo que no le ocultase nada y
que siempre nos diese lo que fuese. En efecto,
después nos fue dando más, porque ya contando
con su ayuda, conseguimos algunas cosas más
que hacían falta en la casa. Lo principal
fue adecuar una habitación - la cocina del
piso bajo - para bañillo, y que quedó perfecta.
Todo importó: 13.200 pesos.

Tanto agradecemos esto al
Sr. Cardenal, que siempre me he sentido obligada
con él y todavía pido al Señor se lo que
nue en la Vida Eterna.

Bueno, pues este es a pensar en la comuni-
dad. Parece que todo nos sorprende, el camino ha-
cia su formación se presentaba repentinamente, pues
la determinación la misma, cuando inesperadamente

damente, surgió un incidente que, por lo grave
y por la calidad de las personas que intervinieron,
no puedo ni siquiera escribirlo. Solo diré que mi
D. Francisco ni nosotros tuvimos culpa de nada,
si bien fuimos protagonistas principales del "drama".
¡Drama, sí! Refiriéndose a él, D. Antonio Cúneo
nos dijo una vez: "¿Qué asunto más grave y malde-
licado! Tan delicado que ni siquiera puede quedar
escrito".

Con respecto a esto de escribirlo, D. Francisco nunca
se pronunció, ni yo le pregunté. Como nunca pensé
hacerlo...

D. Francisco, con su habitual serenidad e
inalterable fedatario, me dijo que no había que es-
perar mucho. Fue la Archidiócesis de Sevilla la
que se dividió, que eludó tendir Obisado y
que como ahora pertenece a Toledo, cuando se
cree el nuevo Obispo, con el testimonio en ade-
lante todo lo concerniente a nuestra obra.

El incidente o "drama" a que aludo, tuvo dos
actos, pero el último y definitivo y terrible, ocurrió el
día 13 de junio de 1953. El primero, unos
días antes, no recuerdo exactamente cuántos. Por supuesto,
en los primeros días de junio. Tal vez el seis o el siete.

También en este asunto D. Francisco. Muy poco tuvo

mes que esperaba, fines a finísimo del año 1.954, llega-
le a Chuspa su prima Obispo, el Excmo. y Rmo. Sr.
D. Pedro Santos Cuadrado. - 4 o Abril, como Antiquo
auxiliar, D. José María Bueno Manuel, quien nom-
bró Vicario General del Arzobispado a D. Francisco Barrios.

Así que nos pareció prudente - yo llevé a
nuevo Obispo un poquito de tiempo en Chuspa - pri-
mos a visitarlo. Esperamos a 40, mandados por D.
Francisco.

Pareció que el Sr. Obispo es muy amigo,
pero mucho, de D. Antonio Trino. Tanto que lleváramos
el encargo expreso de D. Antonio de decirle que el
informe personal nuestro es lo reservado él.

He conste que, en efecto, informaron D. Antonio
y D. Francisco de nosotros, o no sé si de mí sola,
porque, como es natural, no supe el contenido del
dicho informe, ni si fue por escrito o de pala-
bra, ni nunca me importó, es la verdad.

Por muchas fondraciones, por muchos elogios que
yo prodigo hacia este Sr. Obispo, D. Pedro Santos,
siempre resultarían pobres ante la realidad.

Desde el primer momento, fue un padre para
nosotros en todos los sentidos. ¡Qué sencillez! Qué
generosidad! Qué delicadeza y sobre todo... ¡qué
respetuoso cariño! Lo nunca he visto a un sa-

para mas aceptable. Nosotras fuimos en el mes de mayo del mismo año 1954 y le explicamos con toda sencillez, muchas cosas. ¡'cómo nos escuchó'! Diciéndonos que reflexionaría sobre todo lo que le habíamos escuchado. En la segunda visita que le hicimos, nos dijo, muy optimista y muy contento, que estaba dispuesto a complacernos - ya tenía los informes de D. Francisco y D. Antonio - pero que quería hacer lo todo con la mayor formalidad jurídica, para que todo constara en el Obispiado y no diéramos ningún paso en falso por precipitación.

A esto fui, nos pidió que todo lo que le habíamos dicho de palabra, lo hiciéramos por escrito. Explicándole nuestra actividad pasada, nuestra realidad presente y muchos proyectos para el futuro. Todo esto acompañado de una solicitud para formar Comunidad.

Nos dijo también que, como un trámite más, tenía que pedir informes al Banco de aquí. No informes personales, sino sobre la conveniencia de establecer la comunidad.

A mí me pareció esto - el escrito que teníamos que presentarle - una cosa muy importante y muy difícil, tanto que cuando fui a explicárselo a D.

Francisco, yo llevale la seguridad de que me lo
hacía él, y por lo mismo me dice cómo tiene
que hacerlo desde el principio hasta el fin.

D. Francisco lo aceptó con la naturalidad con que
él lo acogía todo y al final me dice: "Tienes que
tener V. que hacerlo enseguida, ya no se puede
perder tiempo". Yo, muy sorprendida, pregunté: "Cómo,
yo? V. no me ayuda?". Él se sonrió placidamente
y me contestó muy complacido: "No, yo no". "Entonces,
tiene que ser V. solo lo que lo haga. Cuando
lo tenga hecho, me lo hae y yo le diré si está
bien o mal".

Me refugué rápidamente de mi su-
perbia, pensando que era Voluntad de Dios, en
cuyo caso Él me ayudaría como en todo, pues Él
mejor que nadie sabía que yo pocas cosas naturales
no tenía.

Me vino sin preocuparme lo más mí-
nimo sobre el fantasma, como asunto que no me
concernía - me refirió a lo que tenía que exi-
bir, cuya dificultad e importancia, tanto agudizó
mi imaginación - y el día y la hora que de-
bíase para hacerlo, me fui a la cama en cuestión
y quedé en tierra, consciente de mi incapacidad,
me puse en la fiducia de Dios con toda mi

alma y rogué a la Santísima Virgen que me
asistiera con su tanto. No tenía mas que ellos - que
lo eran todo - para ayudarme. "Divino Rescador de
mi alma - supliqué - ya que me has metido en
este lío, ayúdame como tú sabes hacerlo."

Así sala cómo, se me ocurrió el principio, me
levanté del suelo y empecé a escribir. De un
línea, sin titubeos, quedé terminado.

Recordando que era
por lo tanto tanquero.

Entonces, que el escrito es de
una vulgaridad exaltante; pero sencillo, como yo
quise y diciendo lo que yo quise decir.

Me quedé
contentísimo, como si fuera una obra de arte.
Pero es que me había escrito - y en efecto, lo es - tan
incapaz de hacerlo, que me quedé dulcemente
sorprendido cuando lo leí, pues comprendí que allí
estaba escrito lo que el Señor había querido que fu-
era. Adaptándose al como Poderoso y Misericordioso
que es, a mi estilo lape y fuerte de expresión.
Lo que mas me gustó es que había salido
como yo quería: sencillo, sin palabras retorcidas, ni cui-
sada redacción. Era mi alma allí en el
papel, guiada por el Señor, haciendo Su Divina
Voluntad, en límites racionales, sin dejar traslucir nada.

más. Hay vulgar, como antes digo, pero surtió su efecto. A D. Francisco le pareció bien, a D. Pedro Canto, muy bien. Y ya en su poder estos papeles, procedió a pedir los informes al Panco, como nos dijo que había. Este señor Panco - parece que de sea su nombre - es un muy enemigo nuestro, mas de mí, en realidad y optó por no informarme ni bien, ni mal. Luego, como todas, terminó amigo. Cuando le pedían los informes del Obispo, no contestaba. Y fueron varias veces las que se los pedían en nombre del Sr. Obispo, pasando los días y los meses. Hasta que el Sr. Obispo que tanto afecto nos tenía - al que correspondíamos con eucres - y que tanto quería favorecernos, recurrió a otra fórmula: pidió estos informes al Panco anterior, que a la sazón, estaba de Panco y Arcipreste en Sabido del Camino, a cuyo Arciprestazgo pertenecía Nerva. ¡Falta de memoria! Porque este señor - D. Juan Romero Oriedo, que Dios lo bendiga - informó tan cariñosamente, tan favorablemente que todo se solucionó de momento. Y el día 2 de julio de 1955, fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen, el Excmo.

fr. Obispo, D. Pedro Santos Cuadado, nos apuntaba cuidadosamente la formación de la comunidad de la Obra de San Marcos de Nicos. Fue día lo aprobó, pero

mucho la recibimos bastantes días después, creo que el 13, por lo que no nos dio tiempo a reunimos el día de la Virgen del Carmen - 15 de julio - que a todas nos hubiera gustado, pues tenemos especial devoción a esta advocación de Nuestra Señora.

Un año había transcurrido desde que fuéramos la primera solicitud - cuando recurrió el fr. Obispo a D. Juan Ramiro Oriedo, tuvimos que solicitar de nuevo - hasta que conseguimos, gracias a Dios, la aprobación.

Lo que en este año sufrimos, solo el Señor lo sabe. Fué persecución tan refinada, tan sutil, tan despiadada fue parte del fr. Pánuco y de ciertos elementos piadosos y adictos a él.

El Pánuco nos echó de Acción Católica a todas las del grupo y a mí me dio, desde el principio que era "la mano negra" de la Pansequia. Llegaban o interceptaban la correspondencia. En lo cartas que no me llegaron nunca y otras, que habían sido ya leídas. Por cierto, que esto pudo haber sido motivo de disgusto con el fr. Obispo, porque

comienzo que me mandó hacer por medio del Páramo
interior de la Sierra, para que fuéramos a la
capa de nieve que nos había quedado, pues como a
mí me iba luego la capa, pues me aparecieron. Ya
estaba a Narra y casi la misma, y el br. Chiqui estaba
entonces dentro sin salir a que abriera.

Después
al volver la noche. Todo, se nos volvió a la vista
para dar un momento sobre la noche y porque nos
teníamos mucho contacto con él, y entonces se pudo a
clarar. Todo. El br. Chiqui nos manifestó la solución
y se desquició y cuando le explicamos lo que pasaba, se
quedó helado, se comenzó a reír, ante tanta
ridiculedad y eso que fue entonces cuando decidí
descender del Páramo y volver de D. Juan Pantoja,
que había ido mucho tiempo hasta había muy poco
y que al fin, me el buque.

Al no poderlos venir al fin de la Sierra de
Pantoja, por lo que antes dije, decidimos bajar a
la 2 de agosto, puntualidad de la Sierra de los
Anchos, sea grande y grande por otros temas de
la Sierra. Y así, 2 de agosto de 1955, a
las seis de la tarde, de la manera más sencilla
y sencilla, nos habíamos por siempre a la

para las tés. Una mecedora de lona antigua, arregalada y vieja, que estaba entre las camas de Esperanza y Carmelita, por si tenían que hacer algo, porque como las camas no tenían respaldos, no tenían donde soltar nada. Yo, al lado de mi cama que estaba en otra dirección, tenía un catrecillo chico de suntuoso, también de lona y madera sin pintar, que me llevó de mi casa. Ahí ponía yo las cosas.

Una mesa camilla muy vieja que había sido de una anciana, tres sillas, viejas también, de madera que se tambaleaban; una era especie de silloncito muy fino, de mimbre bastísimo. Un armario, que nos servía de botiquín y algunas cosas de lona que habíamos ido reuniendo poco a poco, pero solo lo imprescindible para las tés. Tazas, recuerdo que solo había tres. Emseguida, mi tía Angeles Frontente, nos regaló seis tazas de desayuno y nos puso vasos de contentas. Utensilios de cocina, los mismos de las ancianas.

Solo teníamos un paquetito mas bonito, un paquete que a mí me habían regalado y me lo llevó de mi casa, con el fin de guardar en él todos los documentos y papeles referentes a la obra que

començale. Esto es todo. El aspecto de la casa
- la parte mucha - decían muchas familias que es
deprimiente, por lo pobre. Nosotros lo encontrábamos
maravilloso en su pobreza. La casa mucha com-
pate de un comedor, un dormitorio, grande y ven-
tilado, para las tres; y una salita de estar muy chica
para muchos trabajos. La cocina, la de las ancia-
nas. En la escalera que comunicaba nuestra ca-
sa con la de las ancianas, teníamos colocados, en
el primer descanso, un cuadro grande de Jesús Em-
palmado muy devoto; y en el descanso de arriba, uno
grande también de la Inmaculada y una Cruz
dorada.

Les dicho que llevábamos los colchones muy fuertes, mucho,
para dormir; pero con sus colchones, resultaban bas-
tante confortables. Yo quise, y así lo dije a las de-
más que estuvieran de acuerdo conmigo, que dur-
miéramos en taninas. Pero D. Francisco no nos lo con-
sintió. Fue de las pocas cosas que él me prohibió
terminantemente. Yo le insistí, pero me contestó
que de ninguna manera lo autorizaré. Recuer-
do que me dijo que la vida que habíamos de
llevar, iba a ser dura, muy dura - ¡cómo lo sabía!

el / - y que por lo menos debíamos tener una
cama regularmente buena para descansar. Todo
lo probé que quisiera, pero que nos ayudara a des-
cansar. Que pensara, me dijo también, no solo en
mí, sino en las demás. Me dio pena, pero en el fondo
de mi alma comprendí que no era lo que quería
el Señor.

Comprendo que estaba un poco preocupada
con esto porque yo conocí a una Religiosa - no
del Instituto - muy buena y muy observante, mu-
cho años ya de Religiosa, que conocía nuestros pro-
yectos y en un exceso de confianza y con muy buena
intención, me dijo: "¡Vaya! las Reglas ^{son} muy rigurosas,
que son difíciles de cumplir. Tengan en las más
débiles y por ellas sean más suaves, a fin de que
las cumplan todas". Y me contó que ella en su

larga vida de Religiosa, había visto a muchas
de sus Hermanas, levantarse de madrugada, cuando
pensaban que las demás dormían, o coger algo
para sonar de almohada y alguna mante-
leta sobre la túnica para abrigar en rigor, con lo
cual faltaban a las Reglas que, según el criterio
de ella, de haber sido un poquito más suaves, las
habrían podido cumplir.

Se inquietó hondamente esta conciencia, pero
con el entusiasmo de la juventud y de los comienzos,
no fue óbice para que yo desistiera de las ténicas.
Bueno, eso sí, y se lo dije a D. Francisco, que podía
más frena un jergoncito con muy poquito peso sobre
las ténicas, con lo cual quedaría mitigado el rigor,
pero siempre sería una mala cama. D. Francisco
dijo que no, que a fin de cuentas ya eso no me
dormir en la ténica pelada. Con ambas cosas,
de un lado lo que me dijo la Religiosa y de otro,
aquel cenar en bandos de D. Francisco, me quedé
completamente tranquila y en paz. Buicimos las camas
muy frías, pero, como antes dije, bastante buicitas.

Hace más de un mes que no escribo ni una sola
letra. Esto no puedo salir ni regular. Así que,
como de todas formas, va a resultar un fragmento, an-
tes de nada, venga bien o venga mal, voy a de-
jar constancia de algo que recordo tan intensamente
como en aquellos momentos que lo viví y que no sé
por qué siento verdadero interés en escribir. Fue
el sentimiento de incapacidad e indignidad que me in-
vadía los días anteriores a nuestra marcha a la casa
sensación, por lo visto, la había sentido yo siempre,

poco de manera tan oage, que no me puse
a analizar lo que me. Y ahora, cuando teníamos
la apoplejía del Sr. Obispo, cuando estaba todo que-
pasado, fijado el día para reunimos, se alzó tan
fuerte, tan pujante, tan terrible, que hasta fier-
camente sentía su repugnancia. Más muchas man-
chas pecados, pasados y presentes, mis infidelidades, mi
misericordia, todo se alzó ante mí como una mura-
lla invulnerable. Parecían decirme: ¿dónde vas
tú? ¿Qué pretendes? ¿Cómo te atreves si esta-
mos nosotros aquí? ¡Fué horrible!

Esto ocurrió a mediados de julio, apenas reci-
bida la apoplejía por lo que tanto había
hecho. En muy pocos días, fui dos veces a Sevilla a
contarle a D. Francisco el estado de mi alma. Él
se reía y me animaba, diciéndome que no con-
fía en mí, sino en el Señor que era. Tú
lo iba a hacer todo y no yo que solo era un
débil e indigno instrumento, en efecto. Me sentí
más animado. Pero cuando solo faltaban dos o tres días,
sería el 29 o el 30 de julio y el día 2 de a-
gosto nos íbamos a la casa, volví a Sevilla a D.
Francisco a despedirme y a adelantarme en directo
la cuestión. Lo, cuando, le dije que por favor

pensaba en mi vida pasado y presente, en cómo
ya ve que él me conocía muy bien, pero él no
tenía ni un solo reproche mi alma, y que com-
prendía mis temores.

Esta vez no se rió; estuvo un
mucho tiempo hablando, me escuchó como siempre, muy
paciente y muy sereno y al final me dijo que no
eran niñerías. Yo se me olvidó que me dijo:
"tiene V. todas las garantías. Dios lo quiere, la Iglesia
le ayuda, la Iglesia le empuja. ¿Qué más
quiere V.?"

Sin la menor duda, ni tener se-
recuencia el día convenido de la manera más sin-
cilla, sin rodeos de misterio, sin darle impor-
tancia, como hicieron los Apóstoles. Recuerde V... "y
ellos, dejadas las redes, le siguieron". Así de sencillo:
a Vds. las llama Jesús y, dejadas todas las cosas, seguid-
le".

Que habrían fueron sus palabras para mi po-
bre alma, no solo estas pocas, sino todo lo que me ha-
lló. Para el caso que yo no dudaba de la Voluntad
de Dios ¡eso jamás!, sino que a mí me parecía
que debía ser otra persona más digna y capaz,
la que lo hiciera. Pero yo no lo era. Fui en a-
quel momento comprendiéndome una vez por todas,
que no había solución. Fui con mis temores y

mis angustias - aunque sin nunca perder la
paz - tenía que cargar la cruz sobre mis in-
dignas hombros. - Y salí decidido, mas que nunca
y abracado fuertemente a ella con sincero amor.
Había sido leal y sincera al exponer mi si-
tuación a quien verdaderamente me conocía a-
dando. A pesar de todo, me empujaban. Solo me
quedaba entonces, decir y sentir con toda mi al-
ma: "Señor, pues Tú lo quieres, hágase Tu Volun-
tad y no la mía".

Y el día 2 de agosto de 1955 - no sé cuan-
tas veces lo había dicho ya - empezamos nuestra an-
dadura comunitaria. Nos sentíamos perfectamente
contrados, observábamos muy bien el plan de vida
que nos había puesto el Sr. Obispo, a petición nues-
tra, habiéndole añadido algunas cosas más de acuerdo
con D. Francisco.

Cuando teníamos alguna duda, íbamos a decirlo
o consultarlo con D. Francisco. La última vez que
fui - yo solo, por economía - fue casi a me-
diados de diciembre. Después de tratar todo lo
que llevaba, le propuse a D. Francisco, solici-
tar al Sr. Obispo que nos concediera el permiso, a-
firmándolo la visita pastoral que había anun-

ciado para el mes de marzo. A él le encantó la idea, pues me contó que no concebía su vida sin Jesús Sacramentado.

Al final, preguntándome por el estado de mi abuelo, tuvo que decir que el sentimiento de mi indignidad me seguía abrumando, aunque con paz en mi alma. Me contó con las siguientes palabras, que recuerdo exactamente: "D. V. lo que le pase es que lo pase. Me siento el peso que Jesús le puso sobre sus hombros. Pero ahora - puse la mano derecha sobre la mesa que teníamos delante y animando el tono y el gesto, dijo: les van a conceder el Reservado". Qué alegría me dio! No sabía que este alegría iba a estar saciada con una pena muy grande. El día 25 del mismo mes de diciembre de 1955, murió de repente D. Francisco. Se lo encontraron muerto en la cama. ¡Qué golpe tan terrible! Es fácil comprenderlo. A los cuatro meses y medio de haber formado la comunidad, cuando más falta nos hacía. Creo que en su último día más que en toda mi vida.

Ahora a caminar solas. Gracias a que él, como antes de dicho, me había dejado, a intento, caminar sola en muchas ocasiones. Y a que teníamos en

D. Pedro Cantero un verdadero padre. Pero compren-
día que no debía darte mucho late. Solo en
casos extremos para no cansarlo. O para de mucha
fuerza y efandad, nos dedicamos con toda ilusión
a preparar la capilla para recibir a Jesús.
No teníamos dinero ninguno, era extreme mucha
pobreza; y a una señora amiga de mi herma-
na Tilde - Mercedes Muñoz - le pedimos 5,000 pesos
para pagármelas a 500 todas las meses.
Compramos un damasco rojo precioso y bueno, con el
que cubrimos toda la pared de frente. Para
muse de altar, pusimos una mesa grande de
la Escuela de Esperanza, que ya estaba anun-
tada. Para que diera la altura, le puse un
carpintero amigo, oculto anudados en las cuatro patas
y quedó muy fuerte y segura. Luego la cubrimos
con el mismo damasco del frente y quedó pre-
cioso. El Sagrado nos lo regaló D. Antonio Bi-
neo, que a él se lo habían regalado hacia
tiempo y es una verdadera joya. Todo de madera
de caño, blanco y falo santo, con un dorado por
dentro impecable. Muy bonito de líneas, tiene
alrededor, en la parte de arriba, en mini-
tura hecho, todos los atributos de la Pasión y las

algunas Eucarísticas. Es preciso. El Capón y la
tuntidia nos la regaló mi hermano Tilde; y al Calu
Zolanda Pires, que años más tarde se vino con noso-
tros. En el canto del donel rojo, prendiendo la Ca-
pillita, pusimos una imagen de la Virgen del
Carmen, que yo tenía de siempre. Es chiquitita y
mala buena, pero todas la queremos mucho. Se coloca
de sobre una repisa, de madera, chica también,
que encargamos a un carpintero. Los mantos, purifica-
dores, corporales, etc. los hicimos nosotros con muchísimo
cuidado como para Gloria. Todo de hilo bueno.

Pusimos buenas luces y como la Capillita es casi de
juguete, estaba todo tan bien combinado y con tanto
gusto, que hacía un efecto precioso, casi lujoso.

Los ornamentos también los compramos, solo los sencillos, pero
suficientes. Es decir, teníamos todo lo necesario para el
culto.

14. Llegó, por fin, el momento tan ansiado. Es
día 23 de mayo fue D. Pedro Cantao a invitarnos, y
lo pasamos a la Capillita que ya teníamos pre-
parada.

A él le encantó. Reió ante la Santísima
Virgen, tocó el sagrado - no volvió nada. ¡Fue delicado y
qué confianza! - y muy impresionado y con emoción,

dijo: "Está todo preparado con primor, con mimo"
Y nos prometió que al día siguiente, a las 5 de la
tarde, nos llevarían el devor desde la Panagía.
Nos fuimos contentos, pero con temor todavía.
Porque, a todo esto y después de preparar tanto, la
cosa no se seguía. No se había hecho por escrito,
esperando conseguirlo allí en la Capilla, del Sr.
Obispo y temíamos que a última hora fuese
el Sr. Paneco - que seguía siendo enemigo - por
dificultades y cuando menos, se aplazase.
Pero el Sr. Obispo, que es muy inteligente y siempre
quiere favorecernos, evitó esta dificultad con
una habilidad sumosa. A las 5 había un
acto en el teatro, al que tenía que asistir el
Sr. Obispo con el Paneco. Y entonces encargó al secre-
tario Canciller, D. Gregorio Martínez, que viene de
acompañante con él desde Oviedo y que también
nos quería mucho, que a su hora precisamente,
mientras estaban en el teatro, nos llevara el devor
de la Panagía. Así, cuando nos vieron, estaba
todo hecho. El Paneco se enteró pasados varios días,
el mismo nos lo dijo, y ya se sorprendió, pero no se
enfadó. Al contrario, yo diría que cambió su pro-
pósito por mejor.

Desarrolamos al día 24 de marzo de 1955.
Nosotras no sabíamos esta estrofa del Sr. Obispo y
estábamos un poquito impacientes y preocupadas.

Pero a las seis largas, casi a la media, se presentó
D. Gregorio con nuestro Señor. ¡Nos parecía mentira!
¡Qué momento, Dios mío! ¿Cómo pude resistirlo?

Al llegar aquí, de verdad, que no me es posible
decir nada de lo que sentí. Ahora, como entonces,
solo puedo caer de rodillas y llorar de gratitud, de
alegría, de emoción. Jesús Sacramentado con noso-
tras, dejó nuestro mismo techo... ¡Un sitio más donde
adorarlo y darle gloria... ¡Dale gloria, Dios!

No me acordé cuanto pude para recibir a mi
Señor, en lo que veíamos de la céntrica y que tenía
una bonita ventana a la izquierda, porque
tenía que me traicionase la emoción y no
me quise. No obstante, desde allí, tuve que
entonar los cantos. Recuerdo que al Oculum, empezó
y cantamos: "Antífona Sacramental".

D. Gregorio Martínez
nos habló maravillosamente. Nos dijo, entre otras cosas
- no lo he olvidado nunca - que aquello le recordaba
el Portal de Belén, que mas pobre no cabía,
pero que estaba seguro que, como allí, estaría rodea-
do del mayor cariño. A él se comprende que

le impresionó la entrada y buen acogido que
que hacen dentro de la casa hasta llegar a la
Capilla. Porque este estado de vida benito
majestoso en su sencillez y frecuencia.

Entonces cambió mucho mi vida interior. Ya
tomé a Dios constante mis cosas, mis penas, mis
alegrías, mis preocupaciones. A Sus Pies hacía mis
planes de todos los días. A Sus Pies, escribí todo lo que
me parecía importante, porque pensaba que
El me consentiría que me equivocara. A Sus
Pies tomaba las determinaciones necesarias. Allí ca-
quité de mi Jesús, muy querida siempre.

También en mis Hermanas influyó poderosamente la
Presencia. Muchas veces, sobre todo en los momentos
de apuro, nos levantábamos las tres de madrugada,
muchas noches seguidas, y eso que había que atender
un patio para llegar a la Capilla, y hacíamos
oración y siempre, siempre, usábamos el Ensayo a
la Santísima Trinidad. Y lo era todo para no
saber. Todo lo arreglábamos y ordenamos allí con El y me-
promoviendo muchas dificultades, que fueron tantas.

Desde que murió D. Francisco, estábamos pendientes
de encontrar un Director Espiritual que se hiciera

cargo de novotas y de nuestra Oba, pues comprendimos que, siempre, pero sobre todo tan en los principios, necesitábamos algún sacerdote bueno de verdad que nos respaldara, que nos diese sombra, como D. Francisco, aunque el lugar que él había dejado era imposible de llenar. Pero se nos hacía difícil. Tras mucho pensar, mucho pesar, acudimos a D. Antonio Tinoco Lara.

Se encantó a poco que era un gran administrador de la Oba, su delirio amigo de D. Francisco con quien siempre estuvo muy unido, muy amigo de D. Pedro Cantero, que suponía mucho ventaja, y además, ya lo conocía mucho de Acción Católica.

Nos aceptó de momento y esto es de agradecer y el Señor se lo habrá tenido en cuenta en la Oba Vida, porque novotas no suponíamos un regalito, sino una carga. Se

portó muy bien con novotas. Envío unos Ejercicios y unos Retiros macabros, que no nos faltaron nunca, gracias a Dios. Consiguieron muchas cosas para la casa.

Fue bueno, muy bueno siempre con novotas, pero...

¡no nos entendió jamás! No supo entender la Oba, no llegó al meollo de ella y sobre todo, a mí no me comprendió nunca ni en absoluto. ¡Fue diferente

con D. Francisco!. Lo intentaba abrirle mi alma
con toda sencillez, pero en vano. De una res-
puesta, lo había olvidado todo. Y es el caso que cuando
yo me tenía a fondo, estábamos de acuerdo y
hasta, ante algunas cosas, se conmovía visible-
mente, pero al máximo viaje de él aquí o
de nosotros allí, volaba todo olvidado y seguían
en sus sentencias, no siempre las mismas que
era lo grave, que no sabíamos a qué atañer-
nos lo que era hoy, no lo era mañana.

Para mí fue terrible. Arruinó y anuló totalmente
mi personalidad, mi carácter. El complejo de
inferioridad e indignidad ante la obra que
siempre había tenido, alcanzó matices dramáticos.
¡Cuánto sufrí! ¿Quién me conocía? ¿Quién
me conoce? ¿Has humilde? ¡No!! Has
abatido, mas hundido, mas descomulgado.
Y gracias a mi férrea voluntad y a la fuerza que
fueron mis hermanas, que como una fuerza se
unían a mí. Y gracias, sobre todo y por encima
de todo, a la infinita Misericordia de Dios, no
di al fin con todo. Cuantas veces solo el re-
cuerdo de aquellas palabras de Jesús "Has de fundar", quita-
das como a fuego en el centro de mi alma, me

manteniéndome firme, segura, impertérrito, serena an-
te la muerte. Por eso, yo quisiera cubrir con el
dulce manto de la caridad estos 24 años que
me quise, relatando solo los hechos mas salientes y trans-
cendentes, porque ¿cómo contar unas cosas sin con-
tar otras? ¿cómo contadas? Si lo que he escrito
no es si he debido hacerlo? Si a lo mejor, si
puedo leerlo, lo quito todo? No es si he debido o
no decirlo, pero me ha salido así.

No obstante, quisiera
hacer constar que fui muy bueno, era un gran
sacerdote, de conducta impecable en todos los as-
pectos.

Esto sucedió todo por permisión divina. El
no tendría culpa. Yo estoy persuadido de ello firme-
mente.

A nosotros, todos, nos da la impresión de
que han sido 24 años de casi un total estanca-
miento de la Obra. Si al menos hubiéramos echado
raíces... No cabe duda, el Señor lo ha querido así.
Por qué? El lo sabe, yo no debo ni siquiera
quererlo saber.

Solo me preocupa, a veces, ¿habrán
sido mis pecados e infidelidades, la culpa de todo?

El Señor me cubra a mí también con su
diana misericordia.

manteniéndome firme, segura, impertérrito, serena an-
te la muerte. Por eso, yo quisiera cubrir con el
dulce manto de la caridad estos 24 años que
me quise, relatando solo los hechos mas salientes y trans-
cendentes, porque ¿cómo contar unas cosas sin con-
tar otras? ¿cómo contarlas? Si lo que he escrito
no es si he debido hacerlo? Si a lo mejor, si
puedo leerlo, lo quito todo? No es si he debido o
no decirlo, pero me ha salido así.

No obstante, quisiera
hacer constar que fui muy bueno, era un gran
sacerdote, de conducta impecable en todos los as-
pectos.

Esto sucedió todo por permisión divina. El
no tendría culpa. Yo estoy persuadido de ello firme-
mente.

A nosotros, todos, nos da la impresión de
que han sido 24 años de casi un total estanca-
miento de la Obra. Si al menos hubiéramos echado
raíces... No cabe duda, el Señor lo ha querido así.
Por qué? El lo sabe, yo no debo ni siquiera
quererlo saber.

Solo me preocupa, a veces, ¿habrán
sido mis pecados e infidelidades, la culpa de todo?

El Señor me cubra a mí también con su
diana misericordia.

Todo se convertiría de abandonar a él y confiar
sin medida. Teníamos a nuestro favor nuestra
absoluta independencia. Cuando se lo dije a mis her-
manas, se reían un poco, pero enseguida quise
tanto ilusión como yo en el asunto. Elegimos el
sitio para edificar, pero antes de solicitar el terreno
a la Compañía, que de ello era, ni de deci-
nada al Sr. Obispo, aseguramos los primeros pasos.

Yo tenía una amiga en Sevilla - Trinidad de
Vasquez Olmos - casada con un famoso Arquitecto
- Ricardo Esquivel - y fuimos a verlo para que él
nos orientara. A él le pareció un disparate,
pero ella, que es persona de mucha fe y confianza,
nos animó y quedamos en que cuando llegase el
momento, podríamos contar con él; y teníamos un
Arquitecto que no nos cobraba nada.

A D. Antonio Gineo no le pareció mal, porque confiaba
en la Compañía de Biotinto, pero nosotros sa-
bíamos que de ahí no podríamos esperar nada. Lo
que nos dieran el terreno, ya sería mucho.

Entonces fuimos a visitar al Sr. Obispo y le mostramos
nuestro proyecto. A él le pareció bien. No se adelantó,
aunque comprensivo, no natural que insistiéramos

por una casa mayor. En cuanto al Arquitecto
al tenerlo, también le gusto. Nos dijo que todo lo que
fuera recibiera, sin pagar dinero, porque no tenían
dinero muy bien. Es decir, mas de lo que en realidad
para hacer lo que queríamos.

Lo, con su consentimiento, solicitamos el terreno a
la Compañía y mientras llegaba la contestación,
que tardó mas de lo que creíamos, vino nuestro
amigo el Arquitecto a ver el terreno. Lo reconoció
muy detenidamente y nos expuso las dificultades que ha-
bía, porque la edificación sería sobre un cerro,
aunque no muy alto. Y, al fin, se decidió a le-
vantar los planos. Y, relativamente pronto, los levantó.
Unos planos maravillosos, ¡que bonitos! Era como no-
sotros señalábamos entonces la casa: sin pretensiones, sin
ambición, pero con todo lo necesario. Los dormitorios
de las ancianas eran individuales.

Me parece que
en esto nos adelantamos a los tiempos, porque entonces
ningún Dileto fuere benéfico, creo que los tenían
así, sino salones mas o menos grandes.

Los planos estaban
pero la Compañía sin contestar por mucho. De
palabra, habían dicho que sí, pero esto no bastaba.
Para algunas el asunto, y sobre todo, para algunas

La situación que parecía algo confusa, fuimos
informada y yo a visita al secretario General de la
Compañía D. Jaime Lomonte.

Resultó una entrevista agradable ^{Nos recibió cariñosamente} y cordial de verdad.

Pero nuestra sorpresa fue cuando nos dijo, sin más,
que querían hacernos la casa en Riobamba. Dijo que,
como ellos querían que toda la flora y fauna de la
finca estuviera en Riobamba, que también querían
tener el Avilo. Así se dijo. Que nos construirían
la casa gratis totalmente y a todo confort y como la
quisiéramos. No teníamos más que pedir hasta lujo
si queríamos.

Nos dieron luz, calefacción, combustible
y toda clase de ayuda que necesitáramos o simplemente
quisiéramos. El plan es tentado.

Lo dejé que expresara, cada vez más entusiasmado, su proyecto, y cuando
terminó le dije que, agradeciéndoselo muchísimo y sintien-
dolo todavía más, tenía que decirle que no. Que
no era un capricho mío, ni un desprecio a su
generosidad, sino que, pues era nuestro Señor el que
quería que el Avilo se fundara en Nueva, y Nueva
tenía que ser. Que las muchas dificultades que se
nos presentaban - y que él había subrayado bien -
el Señor las solucionaría con Su Infinita Misericordia.

fueron necesarias no queríamos otra cosa que cumplir la Dicha
Voluntad.

Lo cierto que se iba a molestar,
porque el aquello de la Compañía me tenía, pero
no. Dime más bien que, aunque defraudado, se es-
fueron por nuestro desinterés. Porque incluso nos invitó a
irnos en su coche a Madrid, que él iba con su
esposa, para visitar allí, todos juntos, a D. Antonio
de Zúñiga, que es el Director General. Así, él nos
conocería y que le exponíamos nuestros proyectos,
como habíamos hecho con él. Naturalmente, no acepta-

mos tan pronto, le dijimos que nos fiáramos de inter-
acción ante D. Antonio de Zúñiga. Tan pronto se molestó

y se comprendió que tenía interés en que se ce-
lésara la visita a D. Antonio de Zúñiga.

Estaba muy disgustado a nuestro favor, pero a mí
me parecía que, quedando así en un plan tan
amigable, nos comprometíamos un tanto con la Com-
pañía.

Enseguida le notifiqué al Sr. Obispo diciéndole la
situación que nos habían hecho y que yo había
comentado que no, entre otras cosas porque siendo así
nos convertiríamos en un Departamento más de la
Compañía de Distinguido. Al Sr. Obispo, siempre com-

previdentemente, le agradó la respuesta.

Al poco tiempo nos llegó una carta de la Compañía
pidiéndonos que nombráramos la persona que había
de representar a la Institución, para suscribir la
memoria ante la Compañía, y nosotros, ante un Notario.

Comparéme a medida el alcance de esto. Nosotros
no teníamos representación legal ninguna. ¿Qué
éramos, en fin de cuentas?

Sin perder momento, nos
fuimos con la carta al Sr. Obispo y él, con esa ex-
presa que lo caracterizaba, dijo rápido y firme: "No fuesen
cuyos, lo dijo la obra en Rio Unión Diocesana y
así tenéis personalidad jurídica para recibir, comprar,
vender, para todo, porque ya sois una Entidad Ec-
lesiástica". Como bendijo al Señor en el fondo de mi
alma!. Aquello que nos parecía una conculcación,
equivalía a una gracia extraordinaria.

El Señor nos
lloraba de la mano, porque nadie nos orientaba,
ni nos decía los pasos a seguir. Entonces él, como
Padre amoroso y comprensivo, se encargó de hacerlo de
esta manera tan sencilla al parecer, pero que yo saboreaba
y agradecía.

En aquel momento quiso el Sr. Obispo otorgar
el decreto y él mismo dejó con nosotros a las oficinas del
Obispado a buscar a D. Luciano - no veniendo él apellidado

que me Vicario General y Visitador de Religiosas.
Allí, en el despacho de D. Luciano, le habló de unobis
y misste Obis en términos tan elogiosos como yo nunca
había oído y menos en boca de un Sr. Obispo, - me
sentí muy dudado - y le expuse mi decisión de
originar en Via Unión, para lo cual le rogaba
que entendiese el Decreto que el había de firmar
D. Luciano, que me muy legista, le contestó sereno
y respetuoso: "Si el Sr. Obispo quiere sea tan benéfico,
ahora mismo se hace". Para el replán seguido, le
dijo que si se espusiesen unos días, podría hacer
siguiendo el cauce legal de estas cosas, para lo
cual, nosotros debíamos presentar unos Estatutos
provisoriales y una vez sancionados por el Sr. Obispo
se hacía la anotación. Que esto me lo legal,
pero con todo se hacía como él quisiera.

El Sr. Obispo que me muy humilde, aunque
muchos no lo creían, cedió y solo dijo: ¡Qué lástima
yo es que quería que terminara la anotación el
día de la Inmaculada - esto es en los pri-
meros días de diciembre - pero procuraría que se
quiere sea durante la octava.!"

Salimos del des-
pacho de D. Luciano y entonces me dijo que hiciera
los Estatutos pronto y que, una vez hechos, se

los llevamos a D. Antonio Cíneo y yo con su valedor,
a los mandámosle a él, que nos lea, nos da la
aprobación. Que no nos prescribieran, que no
seguir. ¡Los Estatutos! ¡cualquier cosa! Y completamente
solo, como siempre, y sin la menor idea. Pero no
me arredra. Sé que el Señor no me abandona,
como nunca lo ha hecho.

Esperando, que tenía una
confianza latente en mí, infundada, por su
puesto, me animaba y estaba contentísimo.

Como siempre y sabiéndome totalmente incapaz, me
arrojé en brazos del Señor y bajo el Traje de la San-
tísima Virgen, empecé a escribir. Puse delante
de mí el retrato de D. Francisco, rogándole que in-
tercediera por mí.

Pasé unos días en escribir
— no sé si tres o cuatro — porque había mucho que
pensar y tenía poco tiempo para escribir.

Al fin, se terminaron. Solo había en ellos lo que
el Señor quiso que hubiera. Lo no quise aportar
más que mi bajo estilo, que es el fallo de los mismos.
A mis hermanas, les parecían muy bien, estaban de
acuerdo en todo y dispuestas a cumplirlos.

Rápidamente se los llevamos a D. Antonio. No sé
por qué le sentó tan mal lo de los Estatutos. De

le la impresión de que cada paso que dábamos
adelante, le chocaba. No más, pero lo francó.
Muy contenido, empezó a leer y cuando terminó me
dijo, muy despectivo: "Vendí que conseguir, porque esto
quemáticamente, no se puede mirar". Lo me quedé
desanimado y esperé, helado, pero ninguno de
los dos dijimos nada. Yo creí que lo iba a cam-
biar todo y tenía un poco. Pero la sorpresa me-
te que cuando, después de leer y releer, solo
cambió lo siguiente: Donde yo tenía "Punto", se
puso "Artículo", que a mí me francó en mas
propio para las Constituciones. Y yo lo había hecho en
plan de Reglas. Y luego, agregó las materias. Los
Puntos relativos a cosas y acción, los puso juntos. Los
relativos o apostolado, igual. Pero no cambió ni una
sola palabra, ni un solo Punto, solo el orden
de ellos.

Cuando los tuvo anegados, nos los entregó - no
recuerdo el tiempo que tardó, si un día, si cuantos
y se los mandamos al Sr. Obispo.

Lo que D. Antonio le
dijo al Sr. Obispo, no lo sabemos, pero seguramente que
favorable, porque él es muy bueno y una vez pa-
sado la curiosidad que fuere, no nos perjudicó
se vio además por los efectos.

le la impresión de que cada paso que dábamos
adelante, le chocaba. No más, pero lo francó.
Muy contenido, empezó a leer y cuando terminó me
dijo, muy despectivo: "Vendí que conseguir, porque esto
quemáticamente, no se puede mirar". Lo me quedé
desanimado y esperé, helado, pero ninguno de
los dos dijimos nada. Yo creí que lo iba a cam-
biar todo y tenía un poco. Pero la sorpresa me-
te que cuando, después de leer y releer, solo
cambió lo siguiente: Donde yo tenía "Punto", se
puso "Artículo", que a mí me francó en mas
propio para las Constituciones. Y yo lo había hecho en
plan de Reglas. Y luego, agregó las materias. Los
Puntos relativos a cosas y acción, los puso juntos. Los
relativos o apostolado, igual. Pero no cambió ni una
sola palabra, ni un solo Punto, solo el orden
de ellos.

Cuando los tuvo anegados, nos los entregó - no
recuerdo el tiempo que tardó, si un día, si cuantos
y se los mandamos al Sr. Obispo.

Lo que D. Antonio le
dijo al Sr. Obispo, no lo sabemos, pero seguramente que
favorable, porque él es muy bueno y una vez pa-
sado la contabilidad que fuere, no nos perjudicó
se vio además por los efectos.

entenda el Señor, en funda una Congregación Religiosa, con hábito y todo, pero Via Unión, no se me si sabía lo que es. Pero el Señor lo había querido. ¡Bendito sea siempre! Has tarde quiso el Señor Obispo aprobarnos como Instituto Secular, pero le dijimos que si no era un mandato, preferíamos seguir así, porque íbamos - y aún seguimos suspirando por ello - has la Congregación Religiosa.

El Sr. Obispo mandó constancia a la Compañía de la aprobación que nos había otorgado para todos los efectos legales. Pero aún así seguían sin darnos el terreno. El Sr. Obispo hizo cuanto pudo, por escrito, por teléfono. Lo dice que hizo mas de lo que pudo. D. Antonio Cincos, ex cto del terreno, se portó maravillosamente. Siempre lo reconocimos y quiero hacerlo constar. De tal forma, que el golpe final lo dió él. Era muy amigo de D. Fernando Benjumea Duque o Duques de no sé qué - que era Presidente del Consejo de la Compañía. Le contó lo que pasaba. Este señor no tenía ni idea del asunto, porque la mayor parte de las cosas las resolvían los de mas abajo y no se las pasaban.

Como quise atender a D. Antonio, concerté con él
en que yo le escribiera una carta, expándole to-
do, y que se la entregara a su sobrina, Conchita
Blanco, hija de los Condes de Santa Bárbara,
que me es tanto amiga mía. Y que ella se
la diera a él en su propia mano.

Fué la fui-
ma y única vez, que me han escrito algo.
La carta fue D. Fernando Benjumea me la he-
yo escrito D. Antonio. Lo he copiado, sin variar abo-
lutamente nada y fui a Sevilla a dársela a
Conchita. Ella, muy atenta y cariñosísima, cogió
la carta y fue espresamente a visitar al tío
D. Fernando - y se la entregó personalmente.

Enseguida vino la concepción del terreno, y se
fue escrito. Solo quedaba hacer las Escrituras, pero es-
to, nos dijeron, que había de tardar algo porque
dependía de unos límites que la Compañía tenía
por límites a consecuencia del paso de la Compañía
Inglesa a la Española. Pero, como yo me seguía
esforzando pacientemente y muy contenta, porque
el sitio para la casa nos gustaba mucho.

En espera de esto estábamos, cuando un día
no recuerdo cual, recibí sobre las cartas, pero
¿cómo me pasó a Barcelona? - de la primera vez

de 1.950 nos mandó llamar el Sr. Obispo. Fuimos
rápido, claro. Cuando llegamos lo encontramos muy jovial
que nunca y como quien sabía bien la impresión
que nos iba a hacer, nos dijo muy contento: "Bueno,
¿queréis que os ^{haga} la casa?" Nos quedamos sorpren-
didas, emocionadas - íbamos Esperanza y yo - viendo
la mano tendida de nuestro Dios. Casi sin creerlo,
iba casa, Sr. Obispo, le dijimos. Y nos fuequinto cómo
le queríamos, pero nosotros le dijimos que, después
de gracia tan grande que nos hacía el Señor,
valiéndose de su generosidad y amor hacia noso-
tras, lo menos que podíamos hacer era no pedir nada,
porque siempre nos daía el Sr. Obispo más de lo
que nos merecíamos. Que fue como el quince.
Eso que le agradó mucho respuesta y quedamos en
que cuando el Arquitecto, D. Ricardo Anadón, le lle-
vase los planos, nos volvería a llamar para ver
si nos gustaban. Nos explicó que ya el terreno con-
cedido no nos serviría para ello, porque quería lu-
ca, adosada a nuestra casa, una Panografía
nueva y el terreno que nosotros teníamos estaba
muy cerca de la obra ¡con lo que habíamos lucha-
do por el terreno! Pero ¿qué importante? ¿No nos
iban a dar la casa hecha? No era esto un

auténtico milagro? Siempre lo tuvimos, y lo tenemos
aún como un milagro. Que fue si no? Con una
simple miradita de conjunto, se ve claro que lo fue.
¿Si no, reamos? Nosotras estábamos dispuestas a hacer
una casa y no teníamos ni una chica. Teníamos
menos nada, porque teníamos hamacas, solo contá-
bamos - ¡eso sí! - con una fe y una confianza
inquebrantable, enorme, en que el Señor nos favore-
ciera en el momento oportuno. Por eso, hacíamos todo
lo que estaba en nuestra mano. Y, a cambio de
esa confianza, Dios, Nuestro Señor, nos responde...
¡dándonos la casa hecha! ¿Qué es esto sino un
milagro palpable y clarísimo?

Es cierto que nosotras defendimos un poquito el
terreno que nos habían concedido, porque nos parecía
muy bueno. Y le dijimos al Sr. Obispo, en aquel mismo
momento, que nos que no nos hacía la casa en
el y luego la Panagóia donde él quisiera. Pero
el Sr. Obispo nos contactó de una manera muy gra-
ciosa: "Bueno, y si cambian las cosas, me quemaré la
"Iglesia" y en cambio, si está a nuestro lado, no
la tocarán". Como lo vimos tan empeñado, no insisti-
mos ni una vez más. En realidad, ¿qué
nos dale? Lo siempre le talce dicho al Señor

que la casa se hiciera donde él quisiera
que, en manera alguna, como nosotras quisiéramos,
sino solamente como fuera para su mayor
honra y gloria y mejor cumplimiento de su Divina
Voluntad. Y así iba a su, al fin. ¡Fue
misericordia la del Señor! Dios mío, Dios mío,
para destacarse en lágrimas y en acción de
gracias entonces y ahora. Te he dado yo, Dios
mío, las gracias como te debido? ¡No! De verdad,
que no! Y quedo apegada con toda honradez,
que ningún mérito había en mí para merecer
tantas gracias. En mis humanas, sí, pero en mis
pecados e infidelidades sin cuento. Hago constar
esto, porque es de justicia que se sepa.

Para elegir el terreno sobre el que se iba a
construir la casa, llevó el Sr. Obispo al sacerdote
D. Otilio Ruiz, por ser de aquí de ahora; y a D.
Antonio Zúñiga, por su muerte Director. D. Antonio no
intervino en esto porque no conocía el terreno. Fue
D. Otilio quien lo eligió. Humanamente considerado,
hay que reconocer que es un sitio fatal. Solo pensar
en que fue Voluntad de Dios, nos parece magnífico.
Estamos en un hoyo, donde convergen las aguas

de todos los cerros circundantes. Y la casa se eleva
justamente en el ángulo que forman, al unirse,
dos colinas que son insuficientes para el agua que
tienen que llevar, hasta el extremo de que revocan
algunas veces con los consiguientes perjuicios, como es, por
ejemplo, anegarse la casa toda con bastante fre-
cuencia. Esto, incluso sin revocar los colectores, solaman-
te del agua que viene de los cerros. Tras de una
vez, las vacas y las cabras han estado en peligro de
ahogarse. Las hemos salvado nosotros, llevándolas al
agua hasta la cintura. También con peligro, por
la enfermedad.

Nosotros vimos estos inconvenientes des-
de el primer momento, pero nada dijimos. Pensamos
que después de darnos la casa hecha, no tendríamos
derecho a criticar. Y porque nos pareció su me la
Voluntad de Dios.

Cuando estuvieron los planos terminados, nos volvió a
llamar al Sr. Obispo y nos reunimos al Sr. Obispo, Es-
panosa y yo. El Arquitecto nos enseñó los planos y nos
parecieron maravillosos. No tendríamos habitaciones indi-
viduales para las ancianas y esto fue un aquijoncito
que se dio para siempre en mi corazón, pero
nada dije tampoco, porque en conjunto, la casa
resultaría muy acabada y muy completa, con otros

muchos detalles con los que yo no me había abocado a ellas. Solo pedimos muy tímidamente, que nos hicieran un horno para el pan, que suplieran un abono muy grande para la casa. Accedieron gustosísimos, pero luego se le olvidó al Arquitecto y todo que sacado de la cocina, por lo que esto se quedó muy pequeño. Pero en fin, valió la pena.

Las obras comenzaron enseguida. El día 20 de marzo de 1952 pusieron la primera piedra. Resultó un acto muy solemne. Vino el Sr. Obispo a ponerla, todas las autoridades, Directores y altos jefes de la Compañía de Vicinato y luego, muchísima gente de todas las clases sociales. Nosotros también estuvimos, pero cubiertos entre la multitud. Como que a ninguno nos gustaba el quetzalquismo, a mí por supuesto, no. Así entre la gente, pasando a sapechilidas, saloreamos el momento y dimos gracias a Dios, alabándolo y bendiciéndolo en el fondo de nuestras almas, por su Sagrado Trásericordia con nosotros.

Y al mes de poner la primera piedra - el 21 de abril del mismo año 1952 - comenzaron a construir la casa, cuyas obras no se interrumpieron ya. Dos años tardaron en terminarlo, pero al

de llegar al momento de su terminación, quiero
comenzar un hecho que nos ocurrió muy importante para
nosotros, que de no haber sido sostenido tanta ilusión y opti-
mismo porque sabíamos cierto que el Señor no nos fallaría,
habría resultado hasta trágico. Pero no, nada resalta
carácter de tragedia para nosotros, que estábamos puer-
tos en manos de Nuestro Señor.

El 15 de febrero de 1953, al amanecer, nos encen-
tamos caído parte del muro y del dintel de la
puerta de la escalera que daba acceso a la cante-
nista. Creímos de momento que se podía reparar,
pero siguió cayéndose cada vez más. El derrumbe
mucho se hacía la calle y había un peligro e-
norme de pasar por la escalera, porque estaban
a punto de hundirse los techos. Pero de tal forma
se siguió cayendo, que ya la cocina quedó aque-
jada que se veía la calle por las grietas nor-
mes y era tanto el peligro, que la gente acostumbrada
en la calle y viendo cómo se derrumbaba, nos empezaron
a gritar para que saliéramos de allí, no obstante
el peligro de pasar por la escalera.

A las 12 nos danos comunicadas de la calle e
incluso de muchas ancianas, como las conchitas más
precisas - Mari Sili, sus muñecas - y nos fuimos a mi-

case, que estaba fuerte. La parte de los ancianos
no tenía pedregos, gracias a Dios. En mi casa doc-
míamos y quisáramos y de allí, lleváramos la comida
a las ancianas. En la parte muerte no se fue
día enteras. A nosotros, se nos avanzaba el alma
al dejar muerte carita y en ella a Nuestro
Señor Sacramentado. Así que, a los tres días de
estar en mi casa, tanto afuera, teníamos en caber
a la muerte, si bien de día estábamos en
ella, que nos dispusimos a desocupar una ha-
bitación que teníamos contigua al salón de las
ancianas, en la cual ya habíamos tenido ancianas
y niñas. Se limpiamos por alto, pegando dechas y todo
y el día 22 fuimos en ella muchas tres cabes, que
casi no cabían, y ya esa noche dormimos allí.
Es decir, que en mi casa dormimos seis modos.

Desde el primer momento, rogamos al dueño
-sobrino y heredero de la dueño y que ya comie con
la casa - que nos acogiera aquello, pero decía que
no tenía dinero. Viendo que no hacía nada, nosotras
buscamos un albañil franco que quisiera unos
puentales que coctaran, en lo posible, que siguiera
cayéndose. No querían los albañiles porque tenían

permanece debajo y porque pensaban todos que cuando
llegaran allí, se vendría todo abajo. Pero como el Señor
dispuso todas las cosas como quiere, los albaniles se comen-
cieron y los muros no se movieron ni una chispa
al poner los maderos de puntales. Esto, naturalmente,
fue una gracia de Nuestro Señor, por lo que
un milagro.

Se apuntalaron el día 25 del mismo
mes de febrero; y ese mismo día subimos nuestras camas
y ya, gracias a Dios, dormimos arriba. Nos parecía
mentira. Sin embargo, nos decían que era una
temeridad porque seguía el peligro de derrumbe-
miento y no había sido un apuntalamiento del todo
bien hecho.

Como la cocina era lo que estaba más
en ruinas, por eso precisamente sobre la mesita,
pusimos una cocina de butano en el comedor nuevo
y el día 27 normalizamos la vida desde el desayuno.
Tuvo decir que ya no fuimos más a comer ni a
cenar a mi casa.

Pero entonces sí que vivimos en
un ambiente de pobreza!. En aspecto no muevo.
La casa parecía una auténtica chabola. Tuvo
la vida lo encontraba deprimido y triste. No obstante,
en cambio, íbamos felices con aquella comida que el
Señor nos había mandado.

Ante el peligro que todos los entendidos nos decían que realmente existía, hablamos con el Encargado de las obras de la casa nueva - José Varanjo - para que hiciera un serio reconocimiento en aquellas ruinas. Era muy competente y de fiar. Primero se resistió, pero viendo cuánto apuro, dijo lo que le pedimos y se portó maravillosamente. Apuntaló, a conciencia, toda la parte que ofrecía peligro con maderos fuertes y buenos, muy juntos unos de otros. Puso maderos alajo en la escalera, en las medianas de ella y en la cocina. Lo hizo muy bien y no nos quiso cobrar nada, ofreciéndonos que ya, salvo un imprevisto, no había peligro. Fuí contentas y agradecidas. Ahora, que andábamos entre ruinas. Por mucho que yo quise, el aspecto de la casa no lo puedo describir. Solo puedo decir, con toda verdad, que más pobreza no cabía. Pero al fin y gracias a nuestro Señor, ya estaban secas. Nos dijo el Sr. Varanjo que si no hacen eso, a pesar del primer aporramiento, se hubiera seguido cayendo. En realidad, fue una cosa extraordinaria. Solo el Señor lo hizo. Aquella ruina, caído casi todo el dintel, parecía que se sostenía en el aire. ¿Quía podía hacerlo? Solo Dios con Su Humana Misericordia.

* Toda, lo hizo. Pese a todo lo que decían los expatos,
no volvió a caerme ni una finca de tierra siquiera
aun antes de estar bien asentado.

Así, con la casa en plan de diablo, estuvimos
unos un año y cuatro meses largos. Desde el 18 de
febrero que se demudó hasta el 24 de junio, la
fuerza de mucha Señora del Pequeño Arco, que
nos trasladamos a la casa nueva.

Aquí nuevamente tengo que dedicar grandes elogios
al Excmo. Sr. D. Pedro Barrio, que hasta el último
momento de su vida fue un padre para nosotros.

Lo nombraron Arcebispo de Zaragoza y antes de
irse se las arregló para dejarnos instalados en la casa
a fin de que no fuéramos a tener problemas de quince.

La limpieza fue a cargo nuestro. Tuvinos que
haya mujeres que nos ayudaran. Pero la mudanza
la hicimos nosotros solos y a fin. Ni ende, ni co
mision. En fin lo pagamos todo. En grandes cortas y
en baños, en arcos grandes y cajas de cartón enormes.
Entre todos grandes los hacíamos entre dos. De caucos,
mesas, sillas, etc. solo lo nuestro tuvimos que hacer, por
que lo de las ancianas lo pusimos todo nuevo y los que
hacían los puros, desde Sevilla, lo dejaban ya aquí
en la casa nueva. Nosotros no empicamos nada

para la parte muerta. Nos alegramos con lo que
teníamos allí. Ahora recuerdo, compramos una muerta
chiquetota para muertas habitaciones, pero nada más.
Todo lo que se compró para las ancianas y para to-
da la casa, excepto la parte muerta que, como
he dicho, no se compraron mas que las muertas, la
pagó D. Pedro Sautero. Así vivió su macabro
obro con nosotros.

Además me cuenta, con absoluta certeza, que
la casa muerta la dejó totalmente pagada.
Lo que le quedó por pagar fue parte de la
Panque y entre las casas de los Sacerdotes. Porque
como se marchó, no pudo allegar fondos para esto.
Pero, gracias a Dios, que la muerta quedó pagada.
Porque un día, hace unos años, el actual Obispo
de la Diócesis, D. Rafael González Turalajo, me llamó
para proponerme lo siguiente: Que las bastantes
deudas que había de este exmplejo panoguise, en
el cual está enclavado mucha casa, podían
quedar totalmente saldados, si nosotros nos organiza-
mos a realizar una "Acción Concertada" con el Mi-
nisterio, mediante la cual obtendríamos algunos
derechos, pero también y en mayor escala, deudas con
el Ministerio. Yo le dije, con todo respeto, que si

me lo mandaba, lo hacíamos por obediencia, pero si nos dejaba en libertad de elegir, no lo hacíamos, porque no nos coartar nunca ni en qué defendida independencia. Y además, le dije sumisamente, que tuviese en cuenta al Sr. Obispo que la casa nueva estaba toda pagada, que por nosotros no eran las deudas. Y que así resultaría que, por las casas de los sacerdotes y parte de la Iglesia, pensase que siempre sobre muchos hombros, cargas y dolores impensables.

El Sr. Obispo lo comprendió y muy conmovido, me dijo que no me preocupase, que tenía razón y que el Señor le proporcionaría el dinero necesario.

En efecto, muy pronto lo pagó todo.

Pero si D. Pedro, nuestro querido D. Pedro, no hubiera hecho esto, ¿qué habría pasado? Cuando menos, no hubiéramos tenido la fuerza moral que nos daba el tener pagada la parte nueva.

Según llevo ya escrito, el 24 de junio, día de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, nos vinimos a la casa nueva. Lo hicimos de una forma tan sencilla como toda nuestra vida es.

Fue Panco aquí, D. Antonio María Pulido Beltrán y le rogamos que no nos dejara sin el Santo Sacramental ni un solo momento, ni en una

casa ni en la otra. Se quedó muy bien y así
lo dijo. En la tarde - seían las 8 - cuando ya se
míamos todo guardado en la casa nueva - solo
nos quedaban las ancianas - trasladó el tenor - en fun-
ción - de una casa a otra. Nosotras, muy em-
ocionadas, lo despedimos en nuestra primera habitación
donde tanto lo habíamos querido, y salimos con él.
Poco luego, ya en la fuente, salimos a comer por
un acatadero a través de un censo - por el
mismo sitio que habíamos hecho toda la mudanza -
y cuando nuestro Señor llegó a la casa nueva
ya estábamos nosotras aquí para recibirlo. Fue
bueno es el Señor!. Tal como lo habíamos sentido, se
realizó; verlo salir de allí y entrar aquí. Bendito
sea una vez más!. Y qué contentas nosotras!
Ahora si que está en la casa Nueva con su
Divina Presencia. Las emociones que no quedaron
ocultas, solo ventúlas y dar mil gracias a nuestro
Señor. Cuando ya me desahucé, para estar
especto en la ciudad, trajimos a las ancianas. En dos
carros, en una furgoneta que amudamos y que
luego no nos quisiéron cobrar. Eran doce las an-
cianas, el completo de aquella casa.

que noche dormimos ya aquí, todos, ancianos y novatos. Muy contentos, sobre todo porque estaba Javier Sacre-
mentado, y hermandamente conuados. Pero yo por lo menos,
sentí nostalgia de aquello caído sobre, veridato
de Belén, que habíamos dejado con sus frontones de
pialas. Mas, a pesar de estos sentimentalismos, daba
muchas, muchísimas gracias al Señor.

La bendición e inauguración oficial, fue dos
días mas tarde, el 29 de junio, fiesta de San
Pedro y San Pablo.

Resultó muy solemne dentro de lo
mayor sencillo. Vino nuestro amado Sr. Obispo, D.
Pedro Cantero Cuadrado, que al día siguiente se
marchaba ya a Yaagore, pero que quiso ser
el quien, personalmente, nos bendijera la casa.
Vino también D. Antonio Cíneo, varios sacerdotes más, las
autoridades y todos los Directores de la Compañía.

Por lo premure de tiempo, no pudimos invitar a
nadie y lo que hicimos, para evitar disgustos, fue
anunciar el acto en la oficina de anuncios del
Ayuntamiento y así quedaba invitado todo el pueblo sin
hacer singularidades. Porque, en realidad, con todo
el pueblo teníamos compañerismo.

Todo fue precioso. D. Pedro Cantero estuvo maravilloso:
sencillo, cálido, cariñoso, comprensivo, sin guías. Tenían

que habido visto sus enemigos, volcado así en unas pocas
muevas, sin adire social ninguno, sin que pudiera
apenas de esto ningún fin material. Esto es ge-
nerosidad y caridad de lo bueno. Siempre quise
así D. Pedro con nosotros.

Salí mucha gente
dentro y fuera de la casa y todos quedamos encanto-
dos. Recuerdo que, cuando recorriendo la casa, salió a la
tercera de la sala de esta manera, le gente
que había en la calle, empezó a aplaudirle; y
él, con el corazón y emocionado, saludaba.

Terminada la bendición, dijo unas palabritas des-
de la mitad del primer tramo de la escalera
del vestibulo. Palabras de aliento, de optimismo, de de-
pedida, sin continua alabanzas caritativas o nosotros.
Había bastante gente, llenos el vestibulo y la sala
de esta de las ancianas y el pacho, mezclados todos,
los más con los menos y todos de pie, porque no se caía.
Cuando terminó de hablar, los aplausos fueron delirantes.
Todos vivían el momento y sintieron sobre su corazón
el peso de aquel corazón de padre que se vol-
caba sobre nosotros.

Al final tuvimos - nosotros, no - un comite
en el comedor de las ancianas. Muy sencillo,
en plan de refresco, pero todo bien cubierto y bonito.

Lo quisimos de forma que se fundieran seroci-
solas y nosotros no fuéramos ni que entar iquiere.
Al Sr. Obispo, que estaba en la presidencia, como
es natural, lo atendían D. Antonio Cordero y D. Antonio
Pulido, el Panoco. Nosotros, para con todas las demás
señoras que habían asistido. El convite fue para
los caballeros. Otra cosa no fuémos hacer porque ve
mucho gente. Y era, sin agasajar de alguna
forma externa a nuestro querido D. Pedro.

Lo despedida fue igualmente cálida. Todas
fuimos al coche; hasta los Directores de la Compañía,
que eran tan orgulleros, estaban alrededor del
coche, mezclados con la gente.

El samaritano y la decia ~~apod~~ público aplaudió.
Nosotros nos quedamos con pena, porque sabíamos
que tendríamos mucho en rabo y que tendríamos
mucho mayor bienhecho y quitiólos.

Al día siguiente, 30 de junio de 1954,
comenzamos, mejor dicho, continuamos nuestra
antigua vida en nuestra casa nueva.

Todo con mas comodidad, con mas efecto, pero no-
sotros con nuestro mismo espíritu de jugar y son-
cillas que tuvimos en la casita que dijimos,
casita querida, casita caída y apunhalada.

que quedará para siempre entre sus muros
muchas titulaciones y muchas agonías de aquellos
15 años que en ella vivimos. Primero, en el
todo - 1948 a 1955. Y luego del todo, cuando
formamos Comunidad: 1955 a 1964.

Lo. Febrase, sencilla, compunción, ternura
y amor. Siempre quise grabar este impunte
en mi libro. No sé si lo habe conseguido.

Almor con los que lloran, así con los
que ríen, ayudar a todos sin distinciones de
ninguna clase. Dispensar el mismo recibimiento
a los más que a los menos favorecidos por la
sociedad. Que seamos tan sencillos que nadie
tenga reparo en acudir a nosotros pidiendo ayuda.
Que como tenemos en las Reglas, "jamás nos lle-
que un clamor de socorro que no sea al
punto atendido en la medida de nuestras fa-
cas, procurando siempre hacer lo más. ¡lo más!
Por lo más en todos los aspectos. El aspecto material
y el aspecto espiritual. Socorriendo, escuchando, con-
firiendo, siempre amando, sufriendo en silencio y
con la sonrisa en los labios, atento de por

en paz nuestro corazón a las angustias y a los gemitos de nuestros hermanos.

Por eso, quiero terminar con aquella estrofa de uno de los himnos de Vísperas - para los que recamos el Oficio Divino en español - que siempre me encanta y emociona:

"Que yo comprenda, Señor mío
al que se quise y noté de
que el corazón no se me quede
desentendidamente frío".

Creo que con lo que se escribe, tendrían mis Hermanas una idea clara del sencillo origen de nuestra Obra. Por lo cual, no creo necesario continuar. Le haré pesado, si no lo es ya por mi pobre estilo.

Que la Santísima Virgen nos cubra o todas con su Manto y se digna presentarnos al Padre Celestial, a su Divino Hijo y al Espíritu Santo, disculpando nuestros pecados con el amor de la Humanidad Divina, al cual tengo encomendada la Obra y yo misma me tengo encomendada: al Amor del Sumaridadado Corazón de la Santísima Virgen.

Termino el miércoles, 11 de mayo de 1953.

Que sea este último número de Revista de Devoción.

Se tardado mas de un año, en cosa tan
mal hecha, por tener poco tiempo y menos aún
tranquilidad para escribir. Cuántas interrupciones,
Dios mio!

Seive, 12 de la noche del día 11 de
mayo de 1983

Luisa Rosa Fontenla